

San Rafael Arnaiz Barón



ÍNDICE

PÁGINA

Fiesta de San Rafael Arnaiz. Homilía	
<i>Dom Juan José Domingo, abad de San Isidro</i>	3
Los dones del Espíritu Santo en el alma de San Rafael Arnaiz (II)	
<i>Conchita Aspas</i>	5
Nuestro “a-Dios” a Conchita Aspas	
<i>La Dirección</i>	20
Ver a Dios en la naturaleza: El mensaje ecológico del H. Rafael	
<i>Javier Onrubia Rebuelta</i>	21
Hablando de San Rafael con...	
<i>Javier Onrubia Rebuelta</i>	27
Letanías a San Rafael Arnaiz (V)	
<i>P. Victorino Blanco, ocs</i>	29
Así vivió Rafael en la Trapa (IX)	
<i>P. Alberico Feliz Carbajal, ocs</i>	38
Noticias y novedades	57
Testimonios	60
Donativos	61

Homilía en la Fiesta de San Rafael Arnaiz

Dom Juan José Domingo, abad de La Trapa

En el contexto litúrgico del tiempo pascual, la celebración de la fiesta de nuestro querido hermano san Rafael Arnaiz es un motivo de alegría para nuestra comunidad y para todos los que reconocemos en él a un verdadero maestro espiritual en el seguimiento de Cristo.

El amor a la Cruz de Jesús y la aceptación de la propia cruz como una participación en la Cruz del Señor, es en nuestro Hermano una experiencia espiritual elocuente y fecunda llena de alegría, de luz y de verdad. Una experiencia a la que también estamos llamados todos nosotros por la gracia bautismal y de un modo especial los monjes por nuestra consagración monástica en la vida contemplativa.

Queridos hermanos y hermanas: la vida de san Rafael es en medio de la Iglesia un testimonio de devoción por el “Solo Dios” que nos interpela hoy a todos –que tantas veces sucumbimos ante los atractivos engañosos de nuestra sociedad de consumo, egoísmo y hedonismo– a fijar la mirada en lo único que realmente vale: Dios. Y a entrar en una dinámica pascual de vida nueva que nos transforme interiormente para ser verdaderos discípulos de Cristo.

En la primera lectura, hemos escuchado cómo el apóstol san Pablo nos decía que todo lo consideraba pérdida comparado con la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús: “Por él lo perdí todo, y todo lo considero basura con tal de ganar a Cristo y ser hallado en él”. (Cf. Flp 3, 8-10).



San Rafael hizo vida de su vida estas palabras y las llevó a la práctica en el itinerario de su trayectoria personal. Dejando desprendida y generosamente todo lo que le ofrecía el mundo quiso seguir a Jesús abrazando la cruz. Y así, probado por la enfermedad, victorioso en la fe y perseverante en la vocación monástica a pesar de todas las dificultades, alcanzó la cima de la santidad. ¿Cómo fue posible todo esto en el joven Rafael, tan velozmente y en tan poco tiempo? Porque en su vida no existía resistencia a la gracia de Dios. Porque acogió la acción del Espíritu Santo en su alma, que le trabajaba interiormente, removiendo todo obstáculo que pudiese impedir el desarrollo de la gracia bautismal.

En el evangelio de esta fiesta hemos escuchado unos versículos del evangelista san Mateo que recogen una efusión de Jesús, llena de sentimiento y alegría, en la que el Señor está expresando lo más íntimo de su experiencia espiritual: a la gente humilde y sencilla Dios les concede esa sabiduría íntima que es necesaria para llegar a conocer su misterio y que no se puede hallar en el conocimiento y sabiduría ilustrada de este mundo (Cf. Mt 11, 25-27).

La sencillez de vida y la humildad de nuestro hermano san Rafael, lo inscriben en el grupo de los que buscan al Señor, de los discípulos que pueden llegar a conocerle porque es Dios Padre quien lleva al conocimiento profundo de Jesús y es a través de Jesús cómo se conoce al Padre y su proyecto de amor: “nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar.” (Mt 11, 27).

Este conocimiento de Dios solamente se llega a alcanzar si se carga con el yugo de Jesús. El yugo de Jesús es ligero, porque es simple. No está formado por un conjunto complicado de normas y preceptos como el yugo de la ley que enseñaban los fariseos, sino por la ley del amor y la actitud del servicio, de la donación hasta la entrega de la propia vida. Amar a los hermanos y servirles por amor de Dios es la ley que rige la vida cristiana y la inspiración de nuestro modo de ser y actuar. San Rafael Arnaiz escuchó la palabra del Señor y se sintió personalmente llamado por Él a su seguimiento, cargando con el yugo de Jesús y aprendiendo de Jesús a ser manso y humilde de corazón. Y en Jesús y en su Cruz encontró el descanso de su alma y la expresión de una vida plenamente lograda en Cristo.

Que también nosotros, siguiendo el ejemplo de nuestro hermano, andemos con paso firme por el camino de la vida buscando a Dios y cargando la cruz de cada día por amor a Él. Sabiendo que nada de lo que realmente vale puede alcanzarse por otra vía que no sea la del amor a Dios y la entrega a los hermanos.

LOS DONES DEL ESPÍRITU SANTO EN EL ALMA DE SAN RAFAEL ARNAIZ II

Conchita Aspás

EL DON DE CIENCIA EN EL ALMA DE RAFAEL

El don de ciencia es el primero de los llamados dones que afectan a la inteligencia mientras que los dones de temor, piedad y fortaleza afectan a la voluntad.

Con el don de ciencia se perfecciona la virtud teologal de la fe.

Este don consiste en la recta estimación de la vida temporal en orden a la vida eterna.

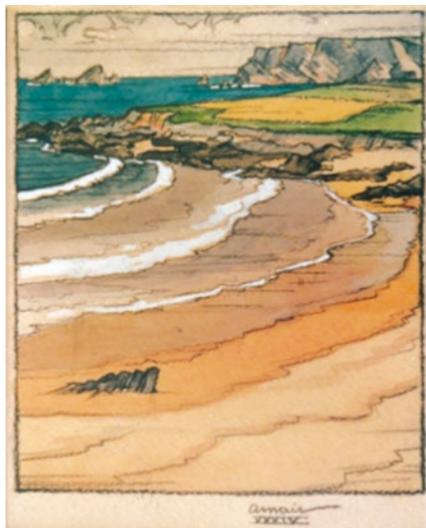
Y podemos decir que ya se encontraba presente en Rafael con anterioridad a su entrada en el monasterio, y que fue el que le facilitó la entrada en el mismo.

Siendo todavía un joven estudiante, a Rafael le fascinaba la contemplación de la naturaleza, que fue para él el gran libro de Dios.

Estaba además dotado para el dibujo y la pintura, por lo que sus padres le pusieron un profesor para que le enseñara las técnicas de ambas materias, que además serían un apoyo para su entrada en la escuela de arquitectura.

Su alma de artista era profundamente sensible a la belleza reflejo de Dios, reproduciendo lo contemplado lo mismo pintaba paisajes de mar que montañas, rincones urbanos que el espacio sin límites de una noche estrellada, tendiendo a plasmar en ellos la grandeza de Dios y su poder infinito.

Sus pinturas poseen una gran amplitud, están llenas de cromatismo, de luces y sombras, y de luminosidad.



Pero él sabía muy bien que, más allá de esta belleza creada, se hablaba la belleza increada, aquella era solo la huella que le llevaría al Creador.

La misma faceta de su espíritu contemplativo la tenemos cuando acompañaba a su tío en las excursiones cinegéticas que éste realizaba y en las que pronto se separaba de él para abismarse en la contemplación de la naturaleza, porque allí sentía que su alma estaba más cerca de Dios, y a través de la belleza creada, llegaba a la belleza del Creador.

Pero además de este aspecto contemplativo, el don de ciencia tiene otro aspecto práctico.

Mientras que por el primero, llegaba de la contemplación del mundo y de las cosas creadas a lo invisible de Dios comunicándole su mirada sobre todas sus obras, por el aspecto práctico el don de ciencia le condujo a estimar lo útil o lo nocivo de los seres y cosas que le rodeaban.

Rafael pasó como de puntillas por esta breve vida sin apenas detenerse en ella, como diría su maestro san Juan de la Cruz, sin coger las flores ni temer las fieras.

Dios le atraía fuertemente, al principio sin que él se diera apenas cuenta siendo todavía un joven estudiante, hasta que conoció otra belleza desconocida para él como era la vida monacal con la alabanza divina que le fascinó, y a través de esta belleza también creada, llegó a pasar a la belleza increada, a Dios mismo, sin hallar asiento en nada ni nadie más que en Dios, como él dirá: “Solo Dios, Solo Dios, Solo Dios”.

Este don que ya lo poseía llegará a su plenitud, como todos los demás cuando entre en el monasterio.

He aquí algunos párrafos entresacados de los muchos escritos que tiene sobre este tema:

Antes, todo me llevaba a Ti... todo me hablaba de tu inmensa bondad, de tu grandeza. Ahora también te alabo en las criaturas, Señor... pero el sol me parece pequeño... el cielo azul es hermoso, pero no eres Tú, la belleza del mundo... ¡Es tan poquita cosa!

Todo es flor de un día, que ahora viene y luego se va. Nada le interesa que no sea Cristo, nada le conmueve que no sea Dios, y esconde muy hondo sus ansias, sus penas, sus cruces, su amor.

¡Pasan serenos los días en la dulce calma del amor que espera! El alma comprende que nada en el mundo la puede llenar... la tierra es de barro, los hombres son pobres, la vida muy corta,

todo es muy pequeño, frágil y caduco, y el alma está ansiosa de verse en el cielo, mirando a la Virgen, contemplando a Dios.

Pero además por el don de ciencia, Rafael pudo penetrar también en el conocimiento de sí mismo, del estado de su alma, de sus movimientos internos, de los secretos de su corazón, lo que le llevó al arrepentimiento de sus faltas.

Todo llega, todo pasa...solo Dios permanece, tiempo perdido son los minutos, las horas, los días o los años que no hemos vivido para Dios.

Por el don de ciencia tuvo un conocimiento de la Vanidad del mundo.

Todo lo externo es vanidad...todo lo que impresiona solo a los sentidos es humo, y como humo, también se esfuma y no queda... Prescindamos de todo lo que es externo, y busquemos nuestras impresiones en solo Dios y en pura fe.

Unas de sus últimas frases escritas: “Señor, dame tu santo temor, llena mi corazón de tu Amor y lo demás Vanitas... *Vanitatum*”.

Además de llevarle al conocimiento de sí mismo, el don de ciencia le llevó al conocimiento de los demás, es el ejemplo que encontramos en la relación espiritual que tenía con su tía María y su influjo en ella, que siguió sus mismos pasos.

Está visto que la única ciencia posible en el mundo es colocarnos donde Dios nos tenía destinados... y una vez que hemos acertado a saber su voluntad, entregarnos a Él con todo el corazón.

El influjo beneficioso que también tuvo sobre sus padres, a quienes quería ver: “No en la abundancia de esta vida, sino muy cerca de Dios”.

Y sobre todo el que tuvo sobre sus hermanos, sobre Luis Fernando que se fue cartujo según lo predijo Rafael, sobre Mercedes que abandonó el mundo para hacerse ursulina, aunque muriera en el intento, y también sobre Leopoldo aunque fuera de otra manera.

No os preocupéis del mundo y sus negocios, no os inquiete el porvenir, dejarlo en manos de Dios, no os aficionéis a las cosas de la tierra, pues es perder el tiempo, acudid a Dios y en Él hallaréis paz, primero aquí en la tierra, y después en el cielo.

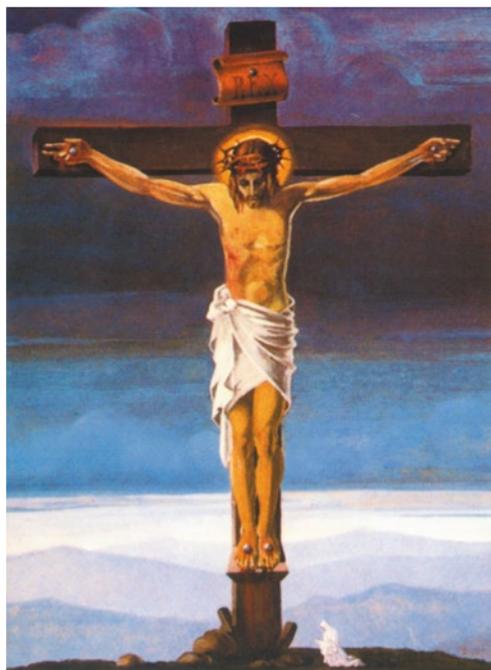
Además del conocimiento propio y de los demás y de la vanidad del mundo, al don de ciencia le corresponde la bienaventuranza de los que lloran, ya que tanto el conocimiento propio y la conciencia de los pasa-

dos yerros, como la consideración de las realidades mundanas, conducen a un sentimiento de tristeza que se traduce en lágrimas. Es un llanto de dolor ante el mundo y el espíritu del mundo.

Pero por otra parte las lágrimas de Rafael tienen lugar a los pies de su amada cruz, lágrimas que le purificaron, le consolaron y le reconciliaron con los designios amorosos que Dios tenía sobre él.

He aquí una muestra de las lágrimas que derramó Rafael a los pies de la cruz:

Déjame, Señor, llorar, pero llorar de ver lo poco que puedo hacer por Ti, lo mucho que te he ofendido estando lejos de la Cruz.



Déjame llorar el olvido en que te tienen los hombres, aún los buenos.

Agarrado a tu Cruz con todas mis fuerzas, juntando mis lágrimas a tu Sangre, y gritando con gemidos y aullidos, queriendo volverme loco... loco por tu Santísima Cruz...

Riego el pie del madero con las lágrimas de mi penitencia...y canto y lloro y... no sé más que pedirle amor...

Noté la Cruz sobre mis hombros... me pesó y lloré mi abandono y soledad.

Mis lágrimas, Señor, no son de rebeldía...mis lágrimas Señor, no las cambio por nada... recíbelas pues con algo te tengo que pagar.

¡Qué dulces son las lágrimas derramadas junto a tu Cruz!

¡Cuántas lágrimas cuesta el llegar a besar tu Cruz!

¡Qué dulce es llorar un poquito nuestras penas y unir las a la Pasión de Jesús!.

EL DON DE CONSEJO EN EL ALMA DE RAFAEL

Otro de los dones que más destacó en el alma de Rafael fue el don de consejo y como con los dones anteriores que hemos visto, floreció de un modo especial poco antes de la entrada de Rafael en el monasterio, lo cual no quiere decir que no estuviera presente anteriormente.

Ya desde la primera visita al monasterio, de todas las que le siguieron y de los ejercicios espirituales realizados antes de su entrada en él, el Espíritu comenzó a guiarle con este don.

Por él, Rafael discernió tempranamente que la voluntad de Dios era que abrazase ese tipo de vida, lo que unido a la inmediata docilidad para seguirla fue señal inequívoca de que la llamada era verdadera, como la de los discípulos que dejando las redes inmediatamente siguieron a Jesús apenas pronunciar su nombre.

El Espíritu de Consejo siguió su despliegue cuando a los cuatro meses de su estancia allí, tuvo que salir para ponerse en tratamiento por la enfermedad y pasar una larga temporada en casa.

Allí recibió visitas de las que tuvo que oír toda clase de consejos, tales como los de quienes opinaban que con esta enfermedad no debía incorporarse al monasterio por la dificultad de tratarla allí.

Ellos juzgaban desde fuera con una visión terrenal, sin advertir lo que ocurría dentro de Rafael que sin duda ya estaba en otra dimensión.

Y aunque ahora se impusiera esta interrupción por razones de salud, Rafael estaba resuelto a volver pues en lo profundo de su alma estaba viva la llamada que había recibido.

Así que cuando su cuerpo volvió a recuperar las fuerzas físicas por el control de la enfermedad, se incorporó a la vida que había dejado en el monasterio.

Pero al cabo de un tiempo su organismo comenzó a dar señales de una nueva descompensación de la enfermedad teniendo que salir de nuevo, lo que suponía para él una nueva prueba que en nada le ayudaba y que le hacía preguntarse si no fuera él, el que estaba equivocado.

Pero no, el don de consejo unido al don de fortaleza y al don de piedad, hicieron que su respuesta se mantuviera invariable en todos los episodios de la enfermedad.

Después de haber estado en la Trapa, la vida del mundo no tenía ningún atractivo para él.

Todavía le quedaban más entradas y salidas, y que en la última entrara con el propósito de no volver a salir.

Su vida en el monasterio transcurrió entre el noviciado y la enfermería, por lo que no tuvo ningún cargo de responsabilidad, y por tanto el don de consejo actuó solo en él mismo.

Cosa distinta fue en las temporadas de recuperación en su casa, en las que mantuvo una asidua correspondencia espiritual con sus tíos los duques de Maqueda.

Especial fue esta correspondencia con su tía María, quedando ambos en que romperían las cartas que recibieran el uno del otro, pacto que no respetó la tía que viendo el valor de las cartas de Rafael las guardó, hecho por el que sus cartas han llegado hasta nosotros.

Aquí actuó el don de consejo ya no de forma individual sobre Rafael, sino sobre sus tíos a quienes aconsejaba tanto en aspectos materiales como en los que se referían a su santificación.

Como dice el dominico P. Philipón: “Un cristiano no avanza nunca solo hacia Dios sino unido a sus hermanos”.

Efectivamente Dios le inspiró los medios para aconsejar de manera especial a su tía en esas 20 cartas dirigidas a ella, en las que ambos se ayudaban a caminar hacia Dios.

Las cartas que le dirige Rafael son amenas e ingeniosas, escritas en un lenguaje sencillo y coloquial brotando espontáneamente de su alma.

Su contenido constituye un verdadero tratado de espiritualidad y en ellas queda reflejada la obra de Dios en el alma de Rafael.

Sus protagonistas son Dios, Jesús y María, quedando como en un segundo plano Rafael y su tía a la que iban destinadas.

Aunque a Rafael no le había dado tiempo de adquirir una formación teológica, se convirtió en su consejero espiritual porque conocía las Escrituras y sabía interpretarlas.

El poder dirigir santamente a su tía mediante las inspiraciones que recibía de este Espíritu de Consejo, le dejaba como poso un gozo espiritual en su alma al poder ayudarse a sí mismo ayudándola a ella.

Las cartas las escribía Rafael al acabar el día o cuando se encontraba solo sin que nada ni nadie le molestase.

Habitualmente son largas y constituyen un modo de oración tanto para quien las escribe como para el que las recibe.

Elegimos tan solo como muestra unos fragmentos de las mismas. Cuando Rafael escribe a su tía en los comienzos de su relación epistolar:

Dices que te hago mucho bien. Tú lo dices, lo creo. El Señor se vale de lo último para completar su obra... También yo me acuerdo de Ti cuando, sentados en el coche me pedías que te hablase de Dios. Esto me aturdiría un poco. Pero luego veía que no era yo el que hablaba, tú lo sabes. El mismo efecto que a Ti te causaba, me causaba a mí lo que yo mismo decía... ¡Hablar de Dios! Hablar hasta tener que callar, ¿Te acuerdas? Yo me acordaré siempre.

En estos meses nos podemos escribir y escribir de Dios. Él lo ocupa todo, nosotros no tenemos nada que hacer ¿Te acuerdas? ...Qué buena eres conmigo y qué alegría me da pensar que en el mundo tengo una verdadera hermanilla a quien puedo ayudar y ser ayudado en esta empresa de amar a Dios como gigantes, siendo niños y muy chicos... Pero todo lo podemos con su ayuda. ¿No estás contenta?

Tú desde luego me has ayudado lo que no te figuras... Cuando estemos en el cielo lo verás.

Estas otras cuando está avanzada esta relación, y Rafael va a pasos de gigante por los caminos del Espíritu.

¡Ah! ... hermanilla, si de veras amásemos a Dios, qué de lado nos daría todo, nuestra vida sería no solo una renuncia al mundo y a sus criaturas, sino que sería tal nuestro desprendimiento que nuestro propio yo nos estorbaría, pues todo lo que nosotros somos, no es más que egoísmo, miserias, flaquezas, pecados y todo eso nos impide ver la bondad y la majestad de Dios. Todo eso nos estorba para llegar a comprender su infinito amor

¡Ah!, si de veras amásemos a Dios, cuán diferentes seríamos, con cuánta más generosidad aprenderíamos a renunciar, con cuánta paz viviríamos nuestra vida en el mundo, qué poco nos importaría ni sufrir ni penar, ni las lágrimas nos amargarían, ni en los consuelos de las criaturas pondríamos a veces...

Mira, queridísima hermana, no sé qué decirte de mí más que eso, y no creas que es poco.. Alguien me dijo que la máxima y sublime máxima de mi vida era: Niégate a ti mismo, toma tu cruz cada día y sígueme.

En el niégate está la labor de un alma que solo quiere vivir es-

condida, que nada quiere para sí, que solo por amores divinos suspira, y que comprende que no solo la renuncia al mundo quiere Dios, sino que hay otra más difícil que esa: La renuncia de uno mismo, la renuncia a algo que llevamos dentro, que no lo sé explicar, a algo que de veras estorba... quizá me comprendas.

Y he aquí un fragmento de la última carta que recibió la tía antes de que Rafael entrase en la Trapa por última vez:

He visto que en el mundo hay una cosa, material en cierto modo, que hace descansar al alma y esa cosa es soledad y silencio.

Me dirás que eso es bueno para un trapense, pero no para todo el mundo, y yo te digo que sí, pues la soledad la puedes entender como la ausencia de deseos de todo lo que proviene de las criaturas... Vivir en el mundo en soledad con Dios, a pesar de todo lo que nos rodea, tener el corazón suelto y desprendido de todo con solo el ansia de ofrecérselo a Dios... Soledad en el sufrir para que solo ÉL lo vea. Y en cuanto al silencio ¿qué te diré?

Es el silencio del que ama tanto a Dios, que al pensar en ÉL, o una de dos, grita como un loco por plazas y calles... o se calla. Es el silencio del que tanto espera allá en el cielo, que todo lo que sea tierra y palabras de hombres, y consuelos humanos, los da de lado como inútiles... Y a veces, es el silencio del que tanto sufre, que por no llenar de quejas y angustias la atmosfera que le rodea, y entristecer a los demás, calla sus penas y solamente abre su boca para consolar al que llora y alegrar al triste, pero no para hablar de sí mismo y de su cruz.

Soledad y silencio es el marco imprescindible a la oración, y con esto ya se tiene todo lo que en el mundo se puede tener. Aunque estés en tu casa, aunque todo lo que tú deseas se cumpliera, nada tendrías si tu alma no estuviera en soledad y tu corazón en oración. Entonces ni al sufrir le darías importancia.

Creemos que esta muestra ilustra muy bien lo que hemos dicho acerca del don de consejo en el alma de Rafael, de cómo le fue conduciendo a él y de cómo él animado por este mismo Espíritu fue conduciendo a su tía, que siguiendo sus consejos, una vez fallecido su esposo dejó este mundo para consagrarse a Dios en la soledad, silencio y oración del claustro, y los consejos de Rafael no han acabado aún, pues seguirá conduciendo a quienes se acerquen a él buscando un guía para sus vidas.

EL DON DE ENTENDIMIENTO EN EL ALMA DE RAFAEL

Entender viene del latín *intelegere*, es decir *intus legere*, que significa leer en el interior, percibir lo íntimo, lo que se oculta en la realidad sensible de las cosas.

La intimidad de la que son portadoras las cosas nos lleva a un universo invisible, divino, para cuya percepción se necesita una luz especial.

Cuanto más viva sea la luz del entendimiento, tanto más podrá penetrar en el interior de la apariencias.

El hombre tiene una cierta capacidad natural para elevarse a lo invisible, pero aún así ciertas cosas escapan a esa luz natural, y la fe solo puede proporcionar al entendimiento un conocimiento imperfecto de las verdades reveladas.

Para llegar al conocimiento profundo e intuitivo de las mismas, se necesita el Don de Entendimiento, solo con él puede penetrar con la mente en estas verdades.

Este don las ilumina, haciéndolas no solo creíbles sino visibles.

Como otros dones además de la dimensión contemplativa, tiene una dimensión práctica.

Quien quiera recibir este don, tiene que tomar como Jesús su Cruz de cada día.

Y aquí entramos de lleno en la vida de Rafael en la Trapa, en la que apenas tuvo cuatro meses que fueron como una especie de luna de miel, para pasar luego a una experiencia inesperada que cambió totalmente su seguimiento de Jesús, pero sin duda un camino que Dios mismo eligió para él en orden a su propia santificación.

Cuando regrese al monasterio después de un largo periodo de recuperación, lo hará para cargar con una cruz a la que no renunciará en lo que le quede de vida.

A partir de aquí sabemos que la fidelidad de su seguimiento a Jesús con la cruz de su enfermedad, se le irá haciendo cada vez más cuesta arriba y más empinada la cuesta que deba subir, pero no por eso Rafael renunciará a su ascensión, y a medida que esto vaya sucediendo, los dones con los que el Espíritu Santo le va a ir revistiendo alcanzarán un mayor grado de plenitud.

Es el caso del don de entendimiento que ahora nos ocupa, pues en Rafael se cumplen las palabras de Jesús: “El que me siga no caminará en la oscuridad, sino que tendrá la luz de la vida”.

Por el don de entendimiento recibido, Rafael verá la sustancia de su seguimiento a Jesús en las nuevas y difíciles circunstancias de su vuelta a la Trapa.



Por el mismo don, podrá oír las palabras interiores que Dios le dirigirá en los momentos de confusión, en los que le ha colocado su nueva situación.

También este don, le hará percibir las causas a través de los efectos y los efectos a través de las causas.

Le descubrirá de una manera más intensa el sentido oculto de las Escrituras.

Le hará percibir la realidad oculta en las especies Eucarísticas.

Le hará penetrar en el mundo invisible de las almas.

Le hará descubrir todo el plan que Dios tenía preparado para su alma, diferente al que él en principio se trazó.

Al don de entendimiento le corresponde la bienaventuranza de los limpios de corazón, que dice así: “Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios”.

Rafael tenía un alma limpia y bien dispuesta para penetrar en las verdades y misterios sobrenaturales a través de la abundancia de este don, algo que un entendimiento natural por sí solo no podía hacer.

Su alma limpia se hallaba cerca del Dios que en el hombre solo ve el corazón.

Rafael libre de todo afecto desordenado, halló su morada y su descanso en el Corazón de Dios, como así le pedía:

Tú buen Jesús, divino amado mío, tienes tus delicias... Ah Señor, qué voy a decir, en el corazón del hombre... Yo te blindo el mío.

Déjame hacer en el tuyo mi celda.

Déjame hacer junto a él mi lecho.

Déjame vivir solo y desnudo de todo junto a tu corazón divino.

Su corazón, extremadamente sensible era como el de la mayoría de los santos: Un corazón líquido, desprovisto de cualquier tipo de dureza, que le haría ser penetrado por los designios de Dios.

Su corazón era también un corazón purificado por el agua de las lágrimas que derramó abundantemente a los pies de la Cruz de Jesús.

Dios no despreció nunca este corazón tan limpio.

A este corazón, pese a las noches oscuras por las que pasó, nunca le habitaron las tinieblas.

Sabemos que la visión perfecta de Dios, solo la tendremos en el cielo, por tanto Rafael aunque con una visión imperfecta, suspiraba día y noche por ver a Dios:

Ansias de vida eterna... ansias de volar a la verdadera vida... ansias del alma, que sujeta al cuerpo, gime por ver a Dios.

Cuando el corazón suspira por la patria del Cielo y su unión con el Eterno, ¿Con qué indiferencia no mirará este valle de lágrimas que es destierro por poco tiempo?

¡Ansias de Cristo! ¿Cómo no tenerlas? ¿Cómo es posible amar esta vida, que es la que nos separa de Dios?

¡Pobre alma que sufre mal de amores y aún tiene que vivir!

La docilidad de Rafael en el seguimiento de Jesús con su cruz a cuestas y el abandono a los designios de Dios, le llenó de este don.

Este don dejaba arder la llama de Amor viva, de la que habla su maestro san Juan de la Cruz, y le iluminaba con su claridad.

Rafael contemplaba la Cruz en la que estaba clavado el Amor infinito, como así le llamaba, y esto le llevaba a abrazar su cruz y tenerla como su tesoro.

Y así nos deja escrito:

Bendita Cruz cuando por amor a Cristo se abraza.

Sepamos aprovechar el tiempo... Sepamos amar esa bendita

Cruz que el Señor pone en nuestro camino, sea cual sea, fuere cual fuere.

De algún modo la visión de la Gloria que él esperaba, le llevó a no tener en nada los sufrimientos que padecía.

La comunión del Cuerpo de Cristo le fortalecía, daba luz a su entendimiento y aumentaba su deseo de Dios.

A los pies de la Cruz de Jesús, adquirió un conocimiento particular del alma de Cristo, lo que él sabía de Dios lo aprendió en esta divina escuela: “¡Si el mundo supiera cuánto se aprende a los pies de la Cruz!”

Por este don, le será concedido penetrar en el misterio de María, a quien amaba entrañablemente y que tanto le ayudó, y a quien según él debía su vocación, y a quien deseaba contemplar con tanta fuerza como a Jesús.

Por este don también, tendrá un sentido de la dedención, de la Providencia divina y de la adoración a Cristo en el sagrario.

EL DON DE SABIDURÍA EN EL ALMA DE RAFAEL

El don de sabiduría representa la coronación de todos los demás dones.

Es el que desde lo alto inspira al don de consejo, descubre al don de piedad las perfecciones de Dios, ilumina al don de fortaleza, al don de ciencia y al don de entendimiento, integrándolos y situándolos en el plan de la Providencia divina.

Los dones del Espíritu Santo conectan entre sí en la caridad, quien tiene la caridad, tiene todos los demás dones.

La caridad es más excelente que los dones, y sin ella estos no aprovechan.

El don de sabiduría es necesario para que la caridad pueda desarrollarse en toda su plenitud y perfección.

Hay que distinguir entre la sabiduría natural, que es una virtud intelectual adquirida, y el don de sabiduría que desciende de lo alto, y que consiste en juzgarlo todo conforme a la verdad divina.

Rafael lo recibió y por eso fue capaz de juzgar y ordenar todo conforme a esas reglas divinas.

El conocimiento experiencial que tuvo de ellas le fue dado por la caridad.

San Juan lo dice claro: “El que permanece en la caridad permanece en Dios y Dios en él” (Jn 4, 16).

La sabiduría es un saber sabroso, un saber experiencial de Dios que se derrama en las almas santas como lo hizo en Rafael.

La sabiduría supone amistad, amor desinteresado, búsqueda del bien y la gloria del Amado por la que Rafael entregó su vida.

El saber experimental de Dios en el alma de Rafael, se fundó en una experiencia de comunicación, y de unión en el Amor.

El Espíritu que sondea las profundidades de Dios llevó a Rafael a ese abismo de amor y sabiduría, enseñándole todas las gracias que Él le había otorgado, por lo que Rafael exclamaba sin descanso: “¡Qué grande es la misericordia de Dios! ¡Qué grande es!”.

Rafael fue ese hombre de espíritu, su vocación en la Trapa no era otra que amar a Dios, él mismo da testimonio de ello en sus escritos y cuando le preguntaban: “¿Qué hacéis en la Trapa?”, él respondía: “Pues una cosa bien sencilla... Amar a Dios y dejarse amar por Él, nada más que eso”.

Ya desde su entrada y cuando todavía degustaba las mieles del noviciado decía: “Nadie sabe lo que es un novicio lleno de Amor de Dios”.

Aunque poco tiempo después a ese fervoroso novicio, Dios le cambiaría el paisaje poniéndole a prueba, para ver si ese amor era auténtico o no.

Pero Rafael superó ese examen de amor con nota, aunque no fuera una tarea fácil, lo vemos en el testimonio que nos dejan sus escritos: “Señor, si para amaros necesito cruz, mándamela pues veo que cuanto más cruz tenga, más os amo... y ya sabéis que amaros es mi única ocupación en la tierra”.

Que Rafael amaba a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas sus fuerzas, lo vemos reflejado además de en sus escritos sobre todo en su vida, a ver quién es capaz de sobrellevar el continuo vaivén de sus entradas y salidas a causa de su enfermedad, quién es capaz de entregar su joven vida de la manera que él lo hizo, sino aquel que ama más a Dios que a sí mismo...

Su alma en medio de los sufrimientos estaba llena de paz, que es un efecto del que posee el don de sabiduría, como así lo constatamos en sus palabras: “Una paz inmensa llena el corazón del que solo es para Dios, y paz solo la posee el que a solo a Dios desea”.

Este don abarca las profundidades de la Trinidad en las que se encuentra el misterio de la cruz, misterio que ocupa un lugar fundamental en la vida de Rafael en la Trapa.

Este mismo don, llevó hasta el heroísmo la virtud de la caridad en él, por su identificación con la sabiduría de Jesús, que es “Sabiduría de la Cruz”.

Conduciéndole al despojamiento y a la muerte del yo, a la conformidad con la imagen del Hijo y a la plena adquisición de la filiación divina.

Al final de su vida, llegado a estas alturas de la sabiduría su alma no salía ya de Dios.

Rafael amaba el silencio y es allí donde se encontraba con Dios y a los pies de su cruz y en silencio, Dios le llenaba de su sabiduría, por eso decía: El silencio es el todo en la vida contemplativa.

Nadie sabe lo que es el silencio de un trapense... y de un trapense loco y chiflado de amor a Dios y a la Virgen.

El silencio es el consuelo del trapense, es el refugio del afligido y desconsolado, es el recreo del que está alegre, y hace la felicidad del enamorado de Dios.

¡Qué hermoso y agradable es el silencio! ¡Cómo ayuda al alma a buscar a Dios! ¡Y cómo una vez que se ha encontrado nos ayuda a conservarle y a no profanar su presencia!

Rafael tuvo acceso a la sabiduría de Dios por la vía del amor. A medida que iba creciendo su amor a Jesús crucificado, iba creciendo en él la sabiduría.

Su voluntad estaba ocupada solo en amar, queriendo solo a su Dios, muchas veces sin saber ni entender en la oración lo que le ocurría, de este modo imprimía Dios su sabiduría en él.

De aquí que escuchemos esta expresión en sus labios que era producto de lo que rebosaba su corazón: “SOLO DIOS. SOLO DIOS, SOLO DIOS”.

Rafael entregó a Dios las llaves de su voluntad, como él lo expresaba de muchas maneras y en múltiples ocasiones:

El estar colgado de la Voluntad de Dios, es la gran felicidad de la tierra. Señor tengo un deseo inmenso de cumplir tu Voluntad y nada más que ella, hundirme en tu Voluntad, amarla hasta morir, ahogarme en ella, y vivir solo para cumplirla.

No quisiera Señor que nada del mundo me turbara, ni nada de las criaturas me quitara la paz y el sosiego de amar solo tu Voluntad.

Pero sin duda el secreto más profundo que revelaba su amor a Cristo fue la sabiduría de la Cruz.

El sentimiento que Rafael tenía de la deuda infinita, no se alivió sino siguiendo los mismos abismos de generosidad y entrega de Jesús.

La muerte por Amor de Rafael, no admitía otra respuesta que el amor y la entrega.

Su alma se puso en las manos de Cristo, que toda su vida vivió con la cruz, para ayudarle a llevarla y seguirle hasta la muerte.

Abrazando la cruz, gastó su vida y la perdió por Cristo.

El camino de la sabiduría no puede ser otro que el que Cristo nos enseña, ya que no es posible imitar y seguir a Cristo, ignorando lo que padeció por nosotros.

La “sabiduría de la cruz” supuso en Rafael una sumisión total a la voluntad divina.

La medida del amor viene dada por el tamaño de la cruz que se es capaz de llevar.

Rafael entregó una y otra vez su voluntad a Dios como la mayor joya que pudo darle.

Rafael llegó a la cumbre de su vida espiritual haciéndose esclavo de Dios, consintiendo en ser marcado con su hierro que es el de la Cruz, y dando muerte a su yo, incapaz de encontrar asiento en las cosas de la tierra.

Fue el olvido de sí, o la ganancia del morir para dar lugar a la vida de Cristo en él, como bien expresa san Pablo.

Su deseo de padecer y sus sufrimientos produjeron en él un gran gozo interior, llevándole a la pasividad y al abandono total en sus manos.

A este supremo grado de unión con Dios, le llevó el Don de sabiduría, el don de la experiencia mística.

Con todo lo expuesto, vemos que la muerte de Rafael por más que tuviera una causa física, fue una muerte de quien ya no podía estar por más tiempo en la tierra, una muerte de amor a Dios a semejanza de la que Cristo padeció por amor a los hombres, con las debidas distancias que hay entre la criatura y su Creador

Nuestro “a-Dios” a Conchita Aspas

La Dirección

En el boletín anterior no nos fue posible comunicar el fallecimiento de nuestra querida amiga y colaboradora **Conchita Aspas Sancho**, del Orden de las Vírgenes Consagradas, (OVC) burgalesa, de la parroquia de San Rafael Arnaiz,

Fue autora de varios libros (*Cuentos del alma, destellos del Beato Rafael*. Burgos, Ed. Monte Carmelo, 2003; *El santo Hermano Rafael cuenta su vida a los niños*, Madrid, Ed. Edibesa, 2009; *San Rafael Arnaiz, el Hno. Rafael*, Barcelona, Ed. Centre de Pastoral litúrgica, 2010), además de numerosos artículos y conferencias sobre el Hermano Rafael al que profesaba una gran estima y cercanía y con el que compartía su misma enfermedad de diabetes. Nos dejó para volar al cielo el 23 de noviembre de 2021.



Tan sólo unos meses antes me había enviado -se lo pedí personalmente- su último trabajo sobre san Rafael Arnaiz, y hablamos de la manera en que podía ser publicado: en dos entregas, la anterior y la que acabamos de leer en este número. Lamentablemente no pudo verlo impreso, pero lo verá, sin duda, desde el cielo, y desde aquí le expresamos nuestro más sincero y emotivo agradecimiento, por tantos años de entrega a la causa de nuestro Hermano Rafael al que habrá encontrado sumergido en “Solo Dios”.



VER A DIOS EN LA NATURALEZA

EL MENSAJE ECOLÓGICO DEL HERMANO RAFAEL

Javier Onrubia Rebuelta
(javieronrubiarebuelta@gmail.com)

Cuando el Papa Francisco publicó en el año 2015 la carta encíclica “Laudato Si”, sobre el cuidado de la casa común, muchas personas descubrieron que la ecología no era una simple moda de nuestros días ni el capricho de unos pocos.

La palabra ecología -la ciencia que estudia las relaciones entre los seres vivos y el medio ambiente en el que habitan- fue utilizada por primera vez por el naturalista alemán Ernst Haeckel en 1869.

Cualquier cristiano al leer el libro del Génesis descubrirá el amor con el que Dios fue creando a todos los seres vivos, se preocupó por darles una función específica en la Naturaleza y cómo encargó al hombre su conservación y cuidado. También en los salmos (24, 96, 104, 136 y 148) encontramos este amor y cómo todo lo creado obedece al Padre. No podemos olvidar a San Francisco de Asís y su magnífico



“Cántico de las criaturas”. Leyendo los evangelios, descubriremos que la vida de Jesús estuvo siempre en plena armonía con la creación. Pero los seres humanos hemos crecido pensando que éramos los propietarios y dominadores de todo lo creado, que podíamos explotar el planeta a nuestro antojo, hasta llegar a la situación crítica en la que ahora nos encontramos.

San Juan Pablo II se ocupó de la ecología con gran interés. En su primera encíclica, “*Redemptor hominis*”, escribió que el ser humano

parece “no percibir otros significados de su ambiente natural, sino solamente aquellos que sirvan a los fines de un uso inmediato y consumo”.

Benedicto XVI, en un discurso al Cuerpo diplomático acreditado ante la Santa Sede pronunciado en enero de 2007 pidió “eliminar las causas estructurales de las disfunciones de la economía mundial y corregir los modelos de crecimiento que parecen incapaces de garantizar el respeto del medio ambiente”.

El Papa Francisco repite constantemente que hay que reconocer a la Naturaleza como un espléndido libro en el cual Dios nos habla y nos refleja una parte de su hermosura y de su bondad. Por eso, la contaminación ambiental, el vertido de basuras a los océanos, la deforestación salvaje, la tala sin control, la desaparición de especies, el maltrato animal, el despilfarro en el consumo y el uso y abuso de los bienes naturales -como el agua-, nos han llevado a este cambio climático que padecemos y que hace, por ejemplo, que suframos periodos anormales de sequía o de lluvias torrenciales. La mano de hombre, con su voracidad, egoísmo e insolidaridad, es la principal culpable de estas heridas que están acabando con nuestro entorno natural, que no olvidemos nunca, es obra de Dios. Por tanto, queda claro, que el compromiso cristiano por apoyar y fomentar una “ecología integral” (ambiental, económica, social y cultural) es una exigencia y necesidad para todos los creyentes, para hacer de la Tierra una casa que nos acoja a todos, tal como es la voluntad del Padre.

En este tema de tanta actualidad como es la ecología, San Rafael Arnaiz Barón tiene también algo que decirnos.

En la excelente -y útil- obra “Escritos por temas”, que nos presenta los temas sobre los que escribió el Hermano Rafael, aparecen las palabras *creación, creador y criaturas* en 42 ocasiones.

Don Rafael Palmero Ramos, obispo de Palencia de 1996 a 2006, fallecido el pasado año, fue un gran estudioso y divulgador de la obra de Rafael. En su libro “Mensaje social de un monje del s. XX (Hno. Rafael Arnaiz)”, dedica el capítulo 11 del libro al “ecologismo”. Recoge en este apartado 23 citas sobre el tema. Creo que es el primer autor que descubre en los escritos de nuestro santo trapense su inquietud ecológica y utiliza por primera vez esta palabra que se nos ha hecho últimamente tan familiar.

Es indudable que la contemplación de Dios en la Naturaleza, y en los seres racionales e irracionales creados, ocupan un lugar importante en sus vivencias y escritos, especialmente en los de la primera época:

“Las almas acostumbradas a ver al Creador en los más pequeños detalles de la creación, en las maravillas de la naturaleza... Y que Dios se vale de todo eso para muchas veces, despertar a una alma dormida” (OC, 160,768).

No podemos olvidar que su padre, Don Rafael, era Ingeniero de Montes, y que abandonó sus estudios de Derecho para dedicarse al campo, lo que debió de influir claramente en el amor de Rafael por la Naturaleza. En las fotos que se conservan de Rafael, le podemos ver en la puerta de una casa forestal, en los lagos de Covadonga, en los glaciares de Picos de Europa, montando a caballo con su familia o pescando. Él que había nacido en Burgos, en la estepa castellana, disfrutaba mucho contemplando paisajes montañosos, picos con nieve o el mar. En alguno de los cuadros y estampas que pintó con mano maestra, podemos conocer estos paisajes que le cautivaron y nunca olvidaría. Con el paso del tiempo comenzó a descubrir la presencia de Dios, su huella, en todo lo creado. No era mero sentimentalismo ni simple sensibilidad humana:

“Yo veo la creación muy hermosa... El sol brilla, me gustan las flores, los pájaros y los niños. Todo es un motivo de alabanza al Creador: las estrellas, la noche y los campos llenos de luz... el monje, aunque es verdad que llora los pecados del mundo, también canta las maravillas del Creador. Es alegre y dichoso ver la bondad de Dios reflejada en las criaturas” (OC, 73,241).

En su “Apología del trapense” escribe:

“Si me impresiona un paisaje, es porque en él veo a Dios, y los colores, los vientos y el sol, son obras suyas... Alabémosle, pues.

En las criaturas, o sea, lo mismo en los hombres que en los seres irracionales, también veo a Dios...” (OC, 75, 273-4).

Sabemos que a nuestro santo le gustaba subirse al coche y dirigirse a lugares en los que, en la más absoluta soledad, su mente se elevaba al Padre, tal y como recoge en una carta a su tía María:

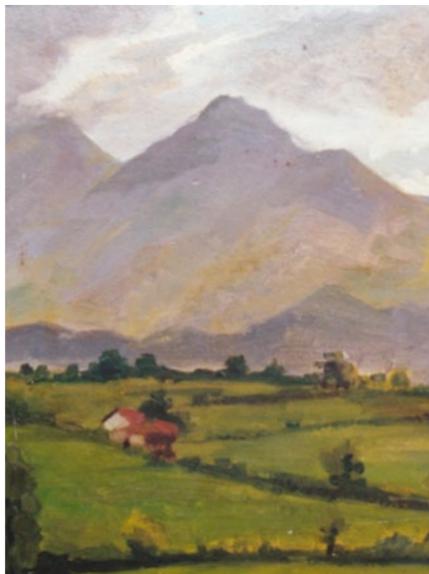
“No tengo más que motivos para alabar a Dios. Son las doce de la mañana de un día espléndido. He venido yo solo en el coche. Me he parado en un alto pensando en Dios y acordándome de ti, gozo escribiendo.

¡Qué grande eres, Señor, en tus obras!... Todo lo has hecho para mí: la tierra, los cielos, los pájaros... ¡Qué paz se respira!” (OC, 116, 563).

También, en otra carta enviada a su tía María, le escribía:

“Hoy hemos estado en Salinas viendo el mar... ¡Qué grande es Dios!.. ¡Qué hermosas son sus obras!... Le veo en todos los lados. Qué feliz soy” (OC, 116, 537).

Estos paseos, que le proporcionaban la ocasión de acercarse e iniciar un diálogo con Dios, los recordará cuando ya haya ingresado en el monasterio:



“Los riscos, las cabras y los rebecos en las nevadas montañas de Asturias... ¡Cuánto gozaba mi alma viendo la inmensidad de Dios reflejada en lo profundo de los valles y en las escarpadas cimas de las sierras y los montes!... ¡Cuántos ratos me tengo pasados viendo los mares de nieblas, y escuchando el silencio solemne de una naturaleza donde pocas veces llega el hombre!” (OC, 173, 843-844).

Estos recuerdos significarán un nuevo sacrificio que él acepta alegremente, pues su único objetivo era santificarse bajo el hábito cisterciense:

“Ya me voy acostumbrando a permanecer encerrado en el monasterio... Llevo dos meses sin gozar de un poco de aire y de sol... ¡Ah!, Señor, qué duro es eso para mí... yo que gozaba en el mundo. Con cantar en el campo tus maravillas y grandezas..., que mi mayor placer era abrir mucho los ojos para contemplar el mar..., que mi alma se extasiaba ante un cielo tachonado de estrellas, y mi alma te bendecía al escuchar el silencio de la tierra en una tranquila puesta de sol. Todo se acabó para mí...” (OC, 201,1033).

En su querida abadía de San Isidro, este monje que sufre en silencio su enfermedad, se alegra al contemplar al Creador y todo lo que ha creado para que conozcamos su bondad y misericordia:

“El alma se dilata al abismarse en la grandeza de Dios, manifestada en los cielos bajo los cuales ese monje trabaja... La creación entera está sujeta a la mano del hombre... todo canta

la gloria de Dios... los trigos, las flores, los montes y el cielo... Todo es un concierto sublime de armonía; nada falta y nada sobra. Todo lo que hace Dios está bien hecho” (OC, 136,674).

Nada escapa a su mirada dolorida, pero repleta de gratitud y agradecimiento:

“Ahora, al contemplar los serenos cielos de Castilla, ese trapense ve en ellos la grandeza de Dios; su alma se abisma en la bondad del Creador...” (OC, 132, 660).

En la jornada diaria del monasterio, en el trabajo, en la oración y en el descanso, Rafael sabe descubrir la presencia luminosa de Dios:

“En todo está Él... En el Coro, en el campo, en el trabajo, los mismo cuando comemos que cuando dormimos... Debemos ver al creador en todo lo que nos rodea, sea hermoso y agradable, o feo y repulsivo... Todo es obra suya. Nada hay inútil bajo el sol. La cuestión es ver a Dios en todo...” (OC, 154, 738).

Cuando Rafael ingresa en la enfermería del monasterio, su vida conoce nuevos cambios en su día a día. Escucha soplar el viento antes de amanecer, ve salir el sol lentamente, oye el canto de los pájaros, contempla caer la lluvia o la niebla posarse sobre las tierras que rodean la abadía.

Las frías y largas noches se convierten en un lugar privilegiado para sus meditaciones. Escribe sobre estas impresiones que le producen observar estos fenómenos de la Naturaleza:

“Todo poco a poco, despertaba dulcemente al mandato de Dios” (OC, 209, 1063).

La obra de Dios, la Naturaleza, las criaturas creadas por Él, desfilan ahora a través de las ventanas de la galería de la enfermería. Allí, sentado en un sillón, nota como su vida va llegando al final:



“Mi celda en la enfermería, como es natural, tiene una ventana y yo que vivo en la celda, cuando no miro a otra cosa, miro a través de sus cristales..., pues, lo que hay fuera. Hoy se ve muy bien llover.

Cuando yo era libre (?) en el mundo, al asomarme entre los imponentes acantilados del Cantábrico, y contemplar el ancho horizonte del mar me entusiasmaba... Veía las maravillas de Dios.

Lo que hoy veo desde mi ventana..., es mucho mejor que el mar” (OC, 175, 855-6).

He tenido la ocasión de poder mirar por esa misma ventana y he intentado imaginar lo que sentía San Rafael al contemplar esos paisajes y me he preguntado: ¿qué pudo ver Rafael mejor que el mar? ¿qué vislumbró?

Al profundizar en su experiencia espiritual, al abandonarse totalmente en manos de Dios, Rafael descubrió que la Naturaleza nos habla solo parcialmente de Dios, es un pálido reflejo de su Luz. Todo lo creado es un instrumento, un medio, para entrar en su intimidad, pero no es Dios. Ninguna de las criaturas creadas debe atarnos ni hacernos depender de ellas, por muy bellas y atractivas que aparezcan a nuestros ojos. Si dejan de ser un medio para llegar al Padre, si se convierten en un peso que nos impide elevarnos a Dios, debemos tratarlas con indiferencia y abandonarlas para que no sean un obstáculo en nuestro camino de la Fe.

Estoy convencido que nuestro santo Rafael sufriría al ver como se destroza una parte de la obra de Dios, le dolería que permanezcamos sordos a los gemidos de la Tierra, callados al ver a miles y miles de personas abandonando sus casas por catástrofes naturales producidas por la voracidad humana o la desaparición de cientos de especies, que ya no podrán –cómo dice el salmo 148- “alabar al Señor”.



Hablando de San Rafael con...

EMMANUEL CALO GUTIÉRREZ, Pbro.

1. ¿Cuándo tuviste la primera noticia sobre Rafael?

La primera noticia sobre la vida del Hermano Rafael se da en mi vida, en los años de Seminario Menor, durante esos años de formación, cursando el Bachillerato, es cuando tengo la primera noticia de su vida. Son pocos los datos los que recuerdo de esa época: Un monje, que había estudiado arquitectura y que había entrado en un convento y fallecido de una enfermedad a los 27 años. Me llamó la atención la decisión de dejarlo todo para ser monje y también lo corta que fue su vida. Con el paso del tiempo, en los años de Seminario tuve mayor conocimiento de su vida, contacté con sus escritos y creció mi devoción hacia su persona, gracias a los compañeros del seminario.

También en el inicio de mi ministerio providencialmente se hizo presente en mi vida, a través de una convivencia Parroquial en la que visitamos la San Isidro de Dueñas y en la Peregrinación de Jóvenes de la Diócesis en el verano de 2010, donde la primera parada fue visitar y orar delante de sus restos.

2. ¿Qué te llamo más la atención de su vida?

Me llamó y sigue llamando la atención, la sencillez de su vida y la profundidad con la que vivió su amistad con el Señor. Su vida está marcada por una sed inmensa de Dios, y encontrándose con Él, decir con palabras y vida: “Solo Dios”. Me llama la atención la facilidad que San Rafael tiene de mostrarnos las luchas interiores que todo hombre

lleva en sí. El detalle que él cuenta un día al estar pelando nabos, preguntándose qué es lo que está haciendo; le parece ridículo e insignificante. El Demonio le tienta en su pensamiento con toda aquella vida que ha dejado atrás, pero él es capaz, con la gracia de Dios, de responder: *“pelo nabos por amor..., por amor a Jesucristo”*.



San Rafael tiene claro qué es aquello que le mueve a cualquier cosa en su vida, de manera sencilla pero firme y segura: el amor al Señor.

3. ¿Qué destacarías de su obra?

La capacidad de vivir en la presencia de Dios y de encontrarse con Dios en las cosas más sencillas del día a día. Siempre me ayuda pensar que en mi día a día puedo como él, encontrarme con el Señor en las cosas más sencilla de la vida cotidiana, en mi ministerio. No hace falta realizar grandes cosas o cumplir con una cosa u otra cosa para ser feliz. Su vida me recuerda a las palabras del Papa Francisco: “Los Santos de la puerta de al lado”, la santidad en lo cercano, en lo ordinario, en lo cotidiano.

4. ¿Crees que su mensaje tiene actualidad?

Verdaderamente su mensaje es muy actual para nuestros días, pues a través de su frase “Solo Dios” se convierte en faro y luz para la sociedad de hoy, que se ha podido olvidar quien es Dios y la dependencia como criaturas tenemos de Él, que es nuestro Padre. Hoy el mundo se marca muchas referencias, solo Dios es nuestra referencia, como lo fue en su vida.

5. ¿Qué nos dice hoy Rafael?

Pienso que su vida nos habla de la amistad sencilla y profunda que todo hombre puede tener con Dios, como fruto de la encarnación y cercanía que Dios ha mostrado. Resuena en el mundo sus palabras para hacerse ofrenda para Dios: “*Tómame a mi y date tú al mundo*”. Como cristianos estamos llamados a hacer de nuestra vida ofrenda para intercesión por los demás.

6. ¿Quién es para ti Rafael?

Un gran santo, un amigo del cielo, un intercesor, en quien puedo confiar y aquel que me enseña la sonrisa de Dios y el camino que me lleva a Jesús. Los Santos son ejemplo, intercesores y signo de esperanza, de que se puede ser fiel a Dios.

Reseña biográfica.

Emmanuel Calo Gutiérrez, nace en Toledo el 25 de agosto de 1986, entra en el Seminario Menor de Toledo (1998-2004), después realiza los estudios de Filosofía y Teología en el Seminario Mayor San Ildefonso de Toledo (2004-2010). Ordenado sacerdote el 19 diciembre de 2010, es enviado a ejercer su ministerio en la Parroquia de Yepes (2010-2021) y como párroco de Ciruelos (2018-2021). En la actualidad es subdelegado de la Delegación de Familia y Vida, y formador de los cursos de discipulado (estudios de filosofía) en el Seminario Mayor de Toledo.

Letanías de San Rafael Arnauiz (V)

P. Victorino Blanco Mayo, OCSO, (1928-2020)

9. PARA QUIEN LA CRUZ ERA SU TESORO

“Bendita Cruz, que es nuestro tesoro”. Es frase de Rafael, repetida en sus escritos, más o menos con las mismas palabras. Como el gran tesoro de su vida, a ella se entrega y la desea con ardor, al estilo de san Andrés en su martirio: al ver la cruz en la que iba a ser crucificado como su Maestro, exclamó alborozado: “Oh bendita cruz, porque siempre te he amado, deseo abrazarte”.

En la cruz Jesús nos salvó a todos, nos rescató con su sangre del poder de nuestro enemigo. Por ello, para Rafael, la cruz es un regalo del Señor, un auténtico tesoro, y llega a decir:

Quando sufro, sufro por Cristo y sufro con gusto. Por nadie me cambio, pues tengo lo mejor que un cristiano puede tener: la Cruz de Jesús muy dentro del corazón.

Si la cruz es su tesoro, nada le falta a Rafael para sentirse totalmente feliz, pese a todos los sufrimientos que puedan venir sobre él. Así lo dice él mismo:

Créeme, soy absolutamente feliz -escribe a su tía-. No deseo nada para mí. Dios me da todo lo que necesito y más. Ha volcado a manos llenas en mi pobre corazón más de lo que cabe. Y cuando un alma se llena, ¿quién piensa en sufrir? ¿Quién se atreve a mirar sus propios sufrimientos cuando tiene muy dentro la Cruz ensangrentada de Jesús? ¿Quién es el egoísta que llora sus insignificantes penas, cuando se tiene de una manera palpable la amistad de Jesús que por mi murió en un patíbulo?.

En el siguiente pasaje se echa de ver la profundidad de Rafael en su identificación con Cristo crucificado. Ante la cruz de Jesús,

él con sus sufrimientos como que desaparece y sólo queda Dios. Es un pasaje de alto nivel místico:

Cuando te pongas a los pies del Sagrario, mires a Jesús, contemples sus llagas, llores a sus pies y veas que, ante la inmensa caridad de Cristo, tu desapareces, tus lágrimas desaparecen, tu alma entera se anonada, se hace como un polvillo de arena en la inmensidad del mar. Entonces, ni sufres, ni gozas, todo es Dios, Él lo llena todo, ni tendrás deseos y cuando alguien te pregunte... ¿qué te pasa?... ¿Acaso sufres? ¿Por qué lloras? ¿Qué quieres? entonces quizás te sonrías y dirás: ¿Quién, yo? Jesús bendito, yo no soy nada, nada quiero, no me preguntes por mí... no..., no sé... hálbame de Dios.

En una de sus estancias fuera del monasterio, Rafael se halla con su familia rodeado de comodidades; mejorado de su enfermedad, arde en deseos de reincorporarse a la comunidad y escribe:

Tengo ya ganas de hacer lo que no me gusta hacer. Aunque si lo miro bien, ya nada me importa, ni sé lo que me gusta; sólo amar a Dios es mi deseo; servirle es lo que quiero. Veo la Trapa, veo la cruz y allá me voy, eso es todo.

Admira el lenguaje totalmente sincero de Rafael al describir lo que representa la cruz para él. Es su mayor tesoro, se aferró a él y lo ama hasta la locura. Le hace totalmente feliz, pues la cruz es la expresión más clara del amor de Jesús y de María para con él. Se diría que respira al unísono del Corazón de Jesús Crucificado. Ser como Él en la cruz es su mayor felicidad.

Rafael tiene consigo el tesoro de Jesús Crucificado y quisiera comunicarlo a todo el mundo. Es el 14 de abril de 1938, a los 12 días de su muerte y es Jueves Santo:

Recorrí el mundo entero enseñándole a Jesús todo lo que quería que remediase: España, la guerra... mis hermanos... Tantos corazones a quienes quiero... Todo se lo enseñé a Jesús y le dije: Señor, tómame a mí y date Tú al mundo. ¡Son tantos!... Déjame, pobre, contigo... Nada quiero más que tu Amor, tu amistad, tu compañía. Acéptame, Señor, tal como soy: enfermo, inútil, disipado y negligente... Y el Señor me

escuchó. Sentí su amor muy dentro, muy profundo... Vi mi inmenso Tesoro y temo perderlo... Agarrado a mi Crucifijo, quisiera morir... Mañana Viernes Santo permaneceré junto a tu Cruz.

Finalmente, para terminar, tomamos el siguiente pasaje en el que se ve la intensidad de su grito interior y con qué fuerza se abraza a su “tesoro”:

Qué bueno es Dios conmigo... Me saca a la fuerza del mundo, me envía una cruz y me acerca a la suya... Y así, sólo esperar, esperar con fe, con amor, esperar abrazado a su Cruz. ¡Ah! la locura de la Cruz, ¡quién la tuviera! ¡Ah! si el mundo supiera el Tesoro de la Cruz, cómo cambiarían los hombres, ¡Ah! Si Dios no permitiera que yo le ofendiera. Y siempre lo hago cuando de su Cruz me aparto... qué feliz sería yo entonces.

Por eso, Señor, agarrado a tu Cruz con todas mis fuerzas, juntando mis lágrimas a tu sangre y gritando con gemidos y aullidos..., quisiera volverme loco... loco por tu santísima Cruz..., óyeme, oh Señor, atiéndeme y no desprecies mis súplicas... Limpia con el agua de tu costado mis pecados enormes, mis faltas, mis ingratitudes. Llena mi corazón con tu sangre divina y sosiega mi alma que no cesa de clamar: Déjame vivir junto a tu Cruz y no permitas que de ella me aparte.

¡Virgen María, Madre de los Dolores! Cuando mires a tu Hijo ensangrentado en el Calvario, déjame a mí que humildemente recoja tu inmenso dolor, y déjame que, aunque indigno, enjague tus lágrimas.

10. HERIDO POR EL AMOR

“Dios es Amor y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él” (1Jn 4,16). El amor que está en el hombre, si es verdadero amor, siempre es participación del Amor que es Dios. El amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (Rm 5,5) en el Bautismo. Entonces se produce en nosotros algo parecido a lo producido en la Virgen María, en la Encarnación del Verbo en su seno.

Acerca de esto dice san Bernardo que, entonces, la Virgen recibió en toda ella una “herida de amor” grande y suave, de modo que en todo su ser no quedó ni una sola partícula vacía de amor. En ella se cumplió en plenitud lo del primer mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con todas tus fuerzas, con todo tu ser” (Dt 6,5).



En el Cantar de los Cantares leemos: “Grábame como sello en tu corazón, grábame como sello en tu brazo, porque es fuerte el amor como la muerte, es cruel la pasión como el abismo, sus dardos son dardos de fuego, llamaradas divinas. Las aguas caudalosas no podrán apagar el amor, ni anegarlos los ríos. Quien quisiera comprar el amor con todas las riquezas de su casa sería sumamente despreciable” (Ct 8,6-7).

Los autores espirituales entienden esto referido al amor de Dios en el alma. El Hermano Rafael experimentó en su alma la “herida de amor”. Oigámosle a él describiendo lo que significaba el amor en su vida, su única razón de vivir:

Señor, ¿qué queréis de mí? Cuántas cosas quisiera deciros, pero qué pocas palabras acuden a mi boca... Atended en cambio a mi corazón... él, sin rodeos y sin palabras, sabrá expresaros todo lo que os amo y todo lo que sois para mí: mi luz, mi guía, mi amor único, mi ilusión, mi única razón de vivir... pues si yo os perdiera, Señor, mi vida se apagaría como una llama a la que le falta el oxígeno, pues Vos sois mi aliento, el aire que respiro y el pan que como... ¿Qué queréis de mí, Señor? ¿Queréis que os ame más?... ¿Y cómo, Señor? Si mi corazón es tan pequeño, tan ruin y tan miserable. Hacédmelo grande y generoso, que yo sea todo

corazón para ser todo vuestro y amaros, amaros mucho, como nadie os haya amado.

Señor mío y Dios mío, Vos lo podéis hacer si queréis, y yo nada puedo si Vos no me ayudáis. Acalladme el ansia que siento, pues así no puedo vivir. Mi alma está llena y se desborda. Habéis puesto tanto amor en un alma tan pequeña, Señor, y tan miserable. Si Tú, Señor, haces la herida, por caridad pon el cauterio, pero no me dejes en este estado, pues no podré resistir... Jesús, José y María.

“La medida del amor a Dios es amarle sin medida”, dice san Bernardo en su *Tratado del amor de Dios*. También dice que el amor tiene valor en sí mismo, sin que necesite razones humanas para seguir amando: “Amo porque amo, amo por amar”. Por su parte, Rafael dice:

Bien sabe Dios que no sigo a Dios por nada del mundo... Amo a Dios porque sí, y nada más. Aún le quiero a Dios muy poco, pero mi amor no es mercenario, sé que Él me quiere y me basta, Lo que quisiera fuese grande, es mi amor. Pero ya sabes tú muy bien que no me cabe.

Así dice escribiendo a su tía María. Rafael arde en amor al Señor, pero se ve a sí mismo muy pequeño. Y al comprobar el amor de Dios para con él, se queda asombrado, y no sabe cómo devolverle tanto amor. Por eso sigue diciendo:

Sabía que Dios me quería, ¡pero tanto!... Ámale mucho, mucho, tía María, quizá entre los dos podamos hacer algo... Yo no sé, me veo tan impotente, tan pequeñito, que no sé... Ámale mucho, todo lo que a mí me falta. Quisiera que a mi alrededor no hubiera más que almas que amaran mucho a Dios, así estaría más tranquilo. Ámale mucho, tía María, yo te lo pido. Si tú supieras, no llorarías, no reirías, no sabrías más que eso: amar. Pero cuando el Señor da estas ansias y estas fatigas que se pasan por Él. Él sabrá por qué lo hace. Quisiera callarme y no escribir más, pero no puedo ¿no te importa que te diga que amo a Dios? Perdóname y rompe esta carta. No sé si hago bien. La paz que tú me quieres mandar no la puedo tener mientras siga así... Lo que yo quiero es mandarte eso, mucho amor a Jesús, a

ese Jesús que no hace más que dar, dar, y que da aún sin recibir nada... ¡Qué pena y qué alegría, ¿me entiendes? Quisiera volverme loco. Bueno, no sé lo que digo.

Rafael se siente desbordado por el amor y hasta cree volverse loco en deseos de amor y de que Dios sea amado. De su pluma brota la palabra “volcán”. Nada puede explicar mejor el estado de su alma:

Mi alma es un volcán encendido y próximo a estallar. No puedo continuar así, no puedo, Señor... Tengo ganas de encerrarme en mi monasterio, para allí, en el silencio con los hombres, pueda lanzar a Dios esos gritos que llevo dentro y que no acaban de salir... Ten caridad, hermana, dices que queman mis cartas, pero te aseguro que estoy por dentro... Es muy grande el Señor para un alma tan pequeña como la mía.

Sufro mucho, sobre todo porque no acabo de romper ¿me entiendes?... Quisiera darle al Señor y no puedo nada. Me llena, me llena, lo veo perfectamente. Quisiera salir fuera de mí, algo me sujeta, me retiene, no sé lo que me pasa. A veces me dan ganas de llorar, ¡soy tan débil! Y el Señor me trata de una manera muy especial. Sólo descanso cuando, por la noche, apretado a mi crucifijo, me duermo pensando en Él... a los pies de la Cruz sin saber qué hacer.

11. TRASPASADO POR LA GRANDEZA DE DIOS

El libro del Eclesiástico, capítulo 43, es un canto a la grandeza y sabiduría de Dios en la obra creadora: el cielo con el sol y los astros, la tierra con todas las criaturas que se mueven en ella, el mar, el aire, etc.

El sabio, después de describir las maravillas de la obra creadora de Dios, termina su discurso diciendo: “Podríamos decir mucho más y nunca acabaríamos; mi conclusión es esta: Él lo es todo. ¡Él es más grande que todas sus obras! El Señor lo ha hecho todo y a los piadosos les ha dado sabiduría” (*Eclo* 43,27.33).

Es la sabiduría de los santos. Rafael está traspasado, es decir, estupefacto, asombrado por esta grandeza del poder y sabiduría en la creación material. Sobre todo mira a la nueva creación: la

espiritual, la Encarnación, la obra redentora de Cristo. Ese Dios tan grande y poderoso, que se abaja hasta el hombre, se pone a su nivel, se abraza con todas sus limitaciones, se entrega por él a la cruz, se le da en alimento en la Eucaristía, lo hace templo suyo por la gracia, le da su amistad y le dará la vida eterna: es la grandeza de la bondad y la misericordia de Dios para con el hombre.

Más en concreto, Rafael se siente traspasado por la grandeza, la bondad, la misericordia de Dios para con él mismo. La acción y transformación que realiza en su alma. El amor infinito que se da a una criatura tan pobre como es él. Este amor le asombra hasta casi enloquecer. Rafael en esto no tiene la menor duda. Vive siempre con la seguridad de lo mucho que le ama Dios. Seguridad también de su amor a Dios. En cualquier situación de su vida interior, repite con frecuencia: “Con lo que Dios me quiere y con lo que yo le quiero”, o expresiones equivalentes. Jamás duda de esto.

En cuanto al tema general de la grandeza de Dios, su expresión “¡Qué grande es Dios!”, recorre casi todos sus escritos, unida muchas veces al amor y adoración como respuesta a esa grandeza de Dios.

La impresión por la grandeza de Dios, sobre todo en su amor también a él, tan pequeño e insignificante, que le da como vergüenza con ganas de esconderse:

Amar a Dios, qué vergüenza, Señor, debía callarme. No sé, soy un insensato... Pero así y todo, Señor, te quiero con locura y con toda la insensatez, apenas sin darme cuenta... No quiero darme cuenta ¿para qué? Quiero amarte porque sí. ¿Por qué haces esto conmigo, Señor? ¿Por qué me tratas así? No sé, estoy chiflado. Perdóname, hermanilla, pero el Señor es muy grande, es más grande que todos los dioses, y a este hermano tuyo le trata de una manera... Si vieras que ganas tengo de esconderme...

En cierta ocasión viaja solo en el coche. En un alto, se para contemplando la creación. Escribe a su tía María:

¡Qué grande eres, Señor en todas tus obras! Todo lo has hecho para mí: la tierra, los cielos, los pájaros, ¡Qué paz

se respira! Señor, si los hombres te viesan en la creación, si mirasen un poco a ese cielo que has creado, seguro que serían buenos... No es posible ser malos amando el campo, el mar, que son obras de tu mano, Señor, si los hombres te amasen ¡qué feliz sería el mundo, que grande eres, Señor!.

Esta vez escribe al Hermano Tescelino desde Villasandino cuando está próximo a reintegrarse en el monasterio. Lo hará renunciando a pasar las navidades, ya cercanas, con la familia, a cambio de la austeridad de la Trapa. Resplandece una vez más la humildad de Rafael en contraste con la misericordia de Dios para con él:



Si vieras qué ganas tengo de silencio, de vivir oculto en la Casa de Dios... Allí a los pies del Sagrario, con el corazón desprendido del mundo y empleándome solamente en obedecer... Qué difícil me es expresar por carta todo lo que llevo dentro del corazón... son tantos los vaivenes que el Señor me ha hecho dar en pocos años que, créeme, a veces me aturdo. Pero cuando serenamente contemplo todas las maravillas que él hace conmigo, a pesar de mi obstinación a la gracia, a pesar de no encontrar en mí más

que egoísmo, olvidos y pecados de todo género... entonces el aturdimiento se convierte en una maravillosa luz, que me habla de las grandezas de Cristo, de su infinita misericordia. Entonces se olvidan nuestras flaquezas y solamente Dios reina en el alma. ¿Qué es el hombre, Señor, para que Tú te acuerdes de él?

Siente uno deseos de desaparecer de la tierra, de que le traguen los abismos o el mar. ¡Cuánta grandeza hay en Dios! ¡Ah!, querido hermano, locuras te diría si me dejara llevar de todo lo que mi torpe pluma quisiera escribir. Hablar de Dios... qué locura.

En el siguiente texto brilla nuevamente con luz extraordinaria la humildad que, ante la grandeza y amor de Dios, en contraste con su pequeñez, quisiera salir gritando enloquecido:

¡Ah!, si el mundo me conociera y viera lo que soy... Si los hombres vieran mis torpezas y mi duro corazón, quedarían aterrados ante la grandeza de Jesús, que no desdeña cuidar a este pobre hombre, más digno de lástima que de amor... Y Dios me ama... ¡Ah! ¡Y de qué manera!... Eso yo lo sé, y nadie más que yo. ¡Si pudiera publicarlo!... ¡si tuviera palabras que fueran lo suficientemente expresivas para ello! Pero no sé... Soy muy torpe, y mucho más para hablar de eso... Y si quisiera ser sincero, más que hablar, quisiera rugir o bramar como los toros... ¡Qué grande es Dios!

Notemos finalmente el asombro de Rafael ante la grandeza de la misericordia de Dios para con el hombre, para con el alma, para con el monje, para con ese monje que es Rafael, que se asombra ante el Dios todo misericordia y amor entrañable:

¡Qué grande es la misericordia de Dios! Cómo se ensancha el corazón al contemplar la misericordia divina. El hombre no es nada, quizá sea peor que nada; su vida sobre la tierra es algo tan sin importancia que no se concibe... Dios es infinito. Su existencia desde la eternidad no cabe en la inteligencia humana. Dios, que no cabe en los cielos y cuya idea hace llegar a la locura el alma del hombre. El hombre, miseria, pecado, pequeñez, átomo invisible en el espacio... ¡Qué grande es la misericordia de Dios!

El alma de ese hombre, que hoy se ha acercado en la comunión a Dios no sabe expresarla. ¡Qué grande es la misericordia de Dios!... El corazón de ese pobre trapense, que hoy, sin él comprenderlo, atónito de admiración, ha tenido dentro de sí a Dios... no sabe decir nada...

¡Qué grande es la misericordia de Dios! Esta exclamación la va repitiendo lentamente, sin llegar a comprenderla... Su alma se abisma en la grandeza del Creador, que se digna descender hasta la criatura... ¡Qué grande es la misericordia de Dios! va lentamente repitiendo por los claustros del monasterio... Allí dentro de su corazón no se cansa de cantar las misericordias y las grandezas del Dueño absoluto de la creación entera.



Así vivió Rafael en la Trapa

(XI)

P. Alberico Feliz, ocs. (1922-2020)

“Me hablas de tu carácter”

Con la segunda entrada de Rafael en la Trapa, la correspondencia iba a limitarse casi por entero, por eso quiere aprovechar los últimos momentos, para darle consejos prácticos, y así dice a su tía María: “Tienes que mejorar tu carácter”...

El “carácter” tiene muchas acepciones, aunque todos sabemos en qué consiste. Sabemos que el mayor elogio que puede hacerse de una persona en el orden moral, es decir de ella que posee todo un carácter. El carácter supone indudablemente un modo constante de obrar sin variabilidad caprichosa, sin reacciones incontroladas, sin rebotes instintivos y dispersos.

En esta tarea perfectiva, interviene la voluntad de manera decisiva, pues sin la educación y dominio de la voluntad, no puede llegarse a un acabado carácter. Es la voluntad iluminada por la razón, la que se apodera de las disposiciones temperamentales y las dirige rectamente.

Para construir el carácter hay que desligar al alma del servil sometimiento a los elementos bajos y confusos de nuestro interior. No puede gozar de personalidad quien dependa del humor con sus cambios ridículos y quien viva esclavo de sus nervios o incapaz de enderezar sabiamente el fondo temperamental peligroso.

Alguien ha definido el carácter como “el triunfo sobre la naturaleza”.

Triunfo que corresponde a la existencia de la parte espiritual de la persona, sobre la parte puramente animal. El carácter es la energía secreta y constante de la voluntad y una inquebrantable fidelidad a las convicciones y a la virtud.

A todo esto se refería Rafael cuando aconsejaba a su tía que “cambiasse de carácter”: Pides a María que te lo reforme, y ya está. ¿Que alguna vez caes? Te levantas y en paz... Todo menos desanimarte... Dios te quiere así, y a pesar de todo. (...) Pues bueno, ¿Quién no cae? Quiero mandarte la dulzura de carácter y de corazón del que de veras ama a Dios. Sigue tu sendero, pero con la paz de Cristo”.

Rafael se ha alargado en esta carta hasta la una de la mañana. Luego le da unas noticias sobre su salud: “Vengo de casa del médico, que me ha encontrado mucho mejor. Me ha rebajado la dosis de insulina y me ha dicho que me pondré a cero dentro de muy poco”.

“Saber esperar...”

Ese mismo día, 16 de diciembre, escribe a su tío con el nombre de Bernardo; carta que de momento, no pudimos entender, pues había en el noviciado un compañero de Rafael que se llamaba Bernardo Michelena, pero al que no hacía referencia ninguna, ni en el contenido, hasta que descubrimos, que en la carta del 5 de diciembre, le había escrito:

Queridísimo tío Polín, a tía María le he quitado el título de ‘tía’ y la llamo “hermana”...

Si tú me lo permites, contigo haré lo mismo... No será tan respetuoso, pero parece que así, llamándote “hermano”, te quiero más... ¿Aceptas?.

Y lo de Bernardo viene por lo que le dice en la misma carta: “Tú conoces toda o casi toda la Regla, has visitado el monasterio; estás muy cerca del espíritu cisterciense”. Tuvo mucho amor a la Trapa y una gran devoción a San Bernardo, tanto, que quiso entrar en San Isidro de Dueñas, cuando, por su matrimonio, no podía hacerlo.

Algo que pudiera darnos una pista fue el dibujo y envío de la famosa estampa “Saber esperar”, pues comenta: “Te mando estas líneas, para que con ellas recibas un ‘Te Deum’ en mi estampa, el ‘Te Deum’ del vivir, como tú dices”.

Y en este momento hace una reflexión muy personal:

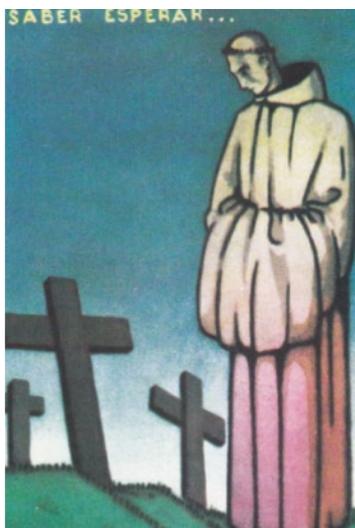
Mira. La alegría del vivir para el trapense consiste en la esperanza cierta del morir... Y cuando contemplamos en el cementerio las cruces que señalan el sitio donde están nuestros hermanos...,

nos causa gran alegría... Una alegría intensa al saberlos ya en el cielo, y pensar que nosotros algún día estaremos con ellos... Toda nuestra ciencia consiste en saber esperar. (...) No veas, pues, en mi pobre dibujo una cosa triste... No lo es. Te parecerá una paradoja, pero es lo más alegre que he sabido hacer. El pensar en que todo se acaba, es alegría; el pensar que somos extranjeros en la tierra..., es santa alegría; y el pensar que hemos de morir muy pronto, para ver a Dios y a la Señora, es un verdadero alborozo en el corazón de un monje.

El momento del morir para el trapense no es el que propaló el vizconde y estadista francés Chateaubriand: “Hermano, morir tenemos, ya lo sabemos”. Para Rafael era el momento de *Te Deum*. Mientras tanto, la vida del monje es “saber esperar”. “Esperar con fe, con amor, con santa paz... Esa es la única alegría del vivir..., arder en el amor a Dios y saber que ese Dios nos espera”.

Todo el tema suyo, tan conocido, del “saber esperar” encuentra aquí su lugar más propio. La esperanza es en Rafael, sobre todo, la espera deseada de un morir, que le permitirá por fin unirse a Cristo, al Amor eterno que tanto ansía.

Saber esperar no es otra cosa que saber dominar sus “prisas” crecientes por atravesar de una vez el velo de la existencia y sumergirse en la vida de Dios: Cada día que pasa es un día que nos acerca al comienzo de la verdadera vida. Lo que para el mundo es un fin, para el monje es el principio. La muerte, un verdadero nacer. Por eso, a diferencia de tantos



seres humanos, el monje no vive su vejez con tristeza y angustia, sino en la paz que le da la pronta espera de la eternidad.

“Paz”, dice. Y es que en Rafael la verdadera esperanza en la vida eterna y la certeza de su más o menos cercano acontecer tienen un efecto amortiguador de la impaciencia del deseo. El deseo y la esperanza equilibran en Rafael su corazón, lo sosiegan y apaciguan. Por eso, aunque en ocasiones se lamenta por hallarse herido de muerte sin acabar de morir, le sosiega, en cambio, la certeza de la esperanza: “¡Pobre hermano Rafael! Dios te ha herido y no te acaba de matar... Sigue esperando... sigue esperando con esa dulce serenidad

que da la esperanza cierta. Sigue quieto, clavado, prisionero de tu Dios, a los pies de su Sagrario”. Y días más tarde añadirá: “En la soledad y silencio de mis continuas esperas no hay tristezas ni amarguras, ni inquietudes en el alma, que turben la paz inmensa del que solo a Dios anhela”.

A Rafael le cuesta seguir viviendo, no por la soledad, sino por el apremio interior del deseo: “No tardes, Señor...! Mira que tu siervo Rafael tiene prisa por estar contigo..., de ver a María, tu Santísima Madre..., de cantar tus alabanzas con los santos y con los ángeles”.

Lo que para nosotros tiene el rostro hosco de la muerte, para Rafael se convierte en un sueño deseado, en una ilusión, en la esperanza de un nuevo comienzo: “Grande es el sufrimiento de vivir, cuando en la vida solamente queda la ilusión de morir, (...) la esperanza de acabar, para empezar”.

Varias veces, en sus escritos, el joven oblato hace suyos los conocidos versos de santa Teresa: “Vivo sin vivir en mí”, así como los temas semejantes de san Juan de la Cruz, en la ‘Llama de amor viva’: “Rompe la tela de este dulce encuentro”. Incluso por la noche cuando se acuesta, soñando con la eternidad, “agarrado al crucifijo y con una Salve a la Santísima Virgen, me dormiré murmurando... dentro de poco, siempre, siempre...”. Este texto es doblemente interesante, porque muestra dos cosas: primero, que Rafael dormía diariamente con un crucifijo entre las manos, y segundo, que él estaba convencido de que no iba a vivir ya mucho tiempo.

Rafael fue un puro deseo de Dios, que pasó como un rayo fulgurante por la vida, o como una flecha lanzada al viento que “busca en las alturas sus ansias de Dios; que quiere sencillamente morir de amor, porque el amor le apremia y no le deja vivir”.

Próxima la segunda entrada

Mejorando mucho Rafael en su enfermedad, y hallándose su hermana Mercedes completamente bien de su pasada peritonitis, continuaron viviendo en Oviedo, reunida una vez más toda la familia. Había transcurrido cerca de año y medio desde que Rafael hubiera salido de la Trapa.

Nada sabía su madre de su nueva admisión en el monasterio de San Isidro de Dueñas, pero al ver mejorar a su hijo suponía, fundadamente, que pronto sufriría una nueva despedida, y ahora más triste aún, por saberle enfermo y necesitado de asiduos y amorosos cuidados... Se aproximaba la Navidad... Luis Fernando volvería a Bélgica después de



pasar las Pascuas con los suyos; por eso las cartas que van a seguir, tienen como fondo sabor de despedida...

Y Rafael, sintiendo un dolor muy profundo como humano, hace una oración muy sentida y humilde: “Señor, Señor..., dame generosidad y dame fuerzas; es mucho lo que me pides, es mucho lo que quiero darte, y aunque ese todo es muy pequeño y está tan lleno de imperfección... Tú sabrás arreglarlo”.

A su abuela Fernanda le escribirá el día 17, renovando su despedida; entre otras cosas le dice: “Estate segura, que mis pobres oraciones a ti te llegan, y que en el silencio de mi Trapa tienes un nieto que se ha ofrecido al Señor por todos. (...) Cuánto te agradezco que en estos días que algo dolorosos van a ser, te acuerdes de tu nieto y pidas, no por mí... sino por mis padres... Al fin y al cabo, yo sufro con gusto y por Dios; por Él sería capaz de hacer lo que hago millones de veces..., y te aseguro que cuando todo se hace por Él..., no hay pena ni dolor que no solo se resista, sino que incluso las lágrimas que se derraman son el tesoro con que nos presentaremos algún día delante de Él... No quieras quitármelas, pues ya te digo..., soy completamente feliz”.

La vocación monástica de Rafael, es, pues, clara: se ha consagrado totalmente al amor de Dios junto con unos hombres que, al menos a sus ojos, viven totalmente consagrados al amor de Dios; o como él dice: “en y por Dios”. Esta definición, muestra perfectamente el carácter absoluto de su vocación. Ahora bien, si Rafael tiene una vocación absoluta a Dios, no es extraño que en ella esté incluido, como en un primer plano, el deseo de santidad. “Dicho así, con esta tranquilidad, llegar a ser santo parece una pretensión un poco... No sé cómo decir..., pero es la verdad, quiero ser santo delante de Dios y no de los hombres; una santidad que se desarrolle en el coro, en el trabajo y, sobre todo, una santidad que se desarrolle en el silencio, y que solamente Dios la sepa, y ni aún yo mismo me dé cuenta, pues entonces ya no sería verdadera santidad”. Y continúa animando a su abuela: “Abístate en ese infinito que es Dios”.

Tentación y desolación

El día 20 de diciembre vuelve a escribir a su tía María desde Oviedo y le abre el cofre de su alma, que ya degusta el arrancón doloroso que Dios le pide: “Estoy pasando unos días algo mal... Mejor dicho, muy

mal; no me quejo, pues tengo yo la culpa, pero a veces me entristece algo el ser como soy... **No correspondo** a lo que el Señor me da. (...) Hace algunos días que no sé lo que me pasa... Voy a recibir al Señor todas las mañanas con un deseo ardentísimo; voy a pedirle perdón; a decirle que le quiero y que jamás me separaré de Él... Pues bien, créeme, nada más salir de la iglesia **todo** se me olvida; estoy todo el día **a lo bobo**. (...) Hago mi examen, y me entristece mucho el ver que **no correspondo**”...

Está claro que la perspectiva de regreso al monasterio le llena de nerviosismo e inquietud, al mismo tiempo que lo está desando, levantando en su corazón una serie de fantasmas tenebrosos de la aspereza de la vida que le aguarda. A veces todo se le vuelve oscuro, o como él dice “todo se le agranda”. Rafael se siente solo: “Nada ni nadie me ayuda” –escribe–, “y son unos días de verdadera prueba”. Pero como siempre hace, nunca deja exteriorizar sus temores. Únicamente se los cuenta a su tía, en un momento de desahogo. Luego quiere romper la carta, pero deja que sea ella la que después lo haga: “A ti te lo cuento, para que veas lo que soy, y me desprecies... Debajo de todo este **aparato** hay a veces lágrimas muy amargas...; cruces que el mundo no conoce y que las llevo mal, a la rastra. (...) No sabes lo que soy, no me conoces, me aterra el sufrimiento, debiendo ser todo lo contrario. Debía amar la cruz, gozarme en ella..., pero al tropezar en las espinas... Señor, Señor, no sé lo que digo”.

¿Cuál es la razón de fondo de todos estos fantasmas? Casi con toda seguridad, la larga permanencia de Rafael fuera del monasterio. Ha pasado año y medio largo con su familia. Demasiado tiempo para que le perdure todavía la pena sensible de haber tenido que dejar un día el monasterio a su pesar, y suficiente como para habituarse de nuevo al afecto y ambiente familiares, con la diferencia de que ahora ya no vuelve con esa ilusión y frescura con que siempre se hacen las cosas por primera vez. El monasterio ya lo conoce, y su estilo de vida, ya no le causa impresión. Además de la familia, tiene ahora que renunciar a un modo de vida al que la primera vez no le costó trabajo renunciar: “Me espera una batalla”, escribe a su tía María desde Oviedo el 26 de noviembre. “Batalla que dura un



mes o más, pues por lo menos hasta mediados de enero no me iré. (...) Mentiría si te dijera que la nueva renuncia a todo algo me cuesta... La Trapa ya sé lo que es, y aunque como enfermo tendré algún alivio..., si vieras, el cuerpo y la materia tiran tanto, y el mundo es tan pegajoso..., el renunciar a tantos goces, aún muy buenos y legítimos, cuesta mucho; y a veces el “espíritu malo” me aprieta, y aunque no me quita la paz que Dios me da..., te aseguro que hace sufrir. (...) Soy flaco y hombre de carne y hueso, con alma y corazón, con padres, hermanos, amigos muy queridos y cariños muy santos”.

Más cosas contribuían aún a generar conflicto en su corazón. Entre ellas, no hay que poner en último lugar el creciente ambiente de tristeza que empezaba a reinar en la familia ante la doble perspectiva, por un lado de la marcha de Rafael al monasterio, solo que ahora enfermo y necesitado de cuidados, y por otro, de Fernando a la universidad de Lobaina, en Bélgica, que tuvo lugar nueve días antes. No es de extrañar que el corazón de nuestro Hermano fluctuase como un barco entre las olas: “Estos días estoy muy **especial**: tan pronto arriba como abajo; generalmente siempre abajo. La Señora lo permite así, bendita sea. Ella quiere que me dé cuenta de todo y me ha aumentado la sensibilidad: estoy como una guitarra... Me cuesta mucho salir de mi casa, y por otra parte lo estoy deseando. En fin, solo Dios”.

Todos estos sentimientos contradictorios pugnan por hacerse con la primacía en su alma hipersensible, y de todos ellos, el Hermano Rafael trata de mantenerse libre y a flote: no coger las flores de los consuelos y de los cariños puros, no temer las fieras de los fantasmas interiores que se levantan amenazantes. Serenidad y estabilidad del alma son la lucha por alcanzar ese puerto deseado, lo que se aprecia en esta época.

Quizá sea esta una de las causas que hacen no solo bellos, sino sobre todo vivos los escritos de Rafael. No nos ofrecen una teoría espiritual más o menos abstracta sobre el progreso del espíritu, sino una vida de lucha: la realidad de lo que es un combate espiritual real, más allá de las palabras, con sus altos y bajos, a través de los cuales se realiza siempre todo crecimiento y toda maduración que merezca ese nombre. Rafael es plenamente consciente de todo esto, sabe que la vida es lucha hasta el final, y que las contradicciones y quebrantos forman parte del camino.

Casi toda la carta es un lamento torturante en sentido personal, y hasta le duele la conciencia de que en su escrito haya podido escandalizar a su tía: “Cuántas cosas te diría, pero temo escandalizarte. (...) Si fuera santo, y amara al Señor como merece, no debía ocuparme para nada de mí, no debía luchar con nada. Pero mi amor a Dios, que es grande, tiene

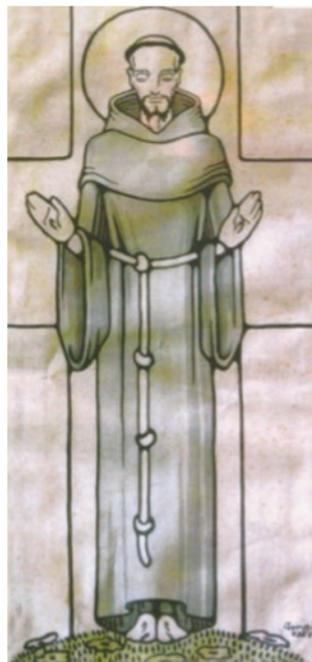
que luchar conmigo mismo... ¿me entiendes? (...) Bueno, voy a dejar de pensar en lo que me pasa”.

No quiere dar vueltas a la decisión prometida, y como grito de salvación, prefiere hablar de lo que es su lema preferido: “¡Dios!... Dios...; no hay más que eso... no hay cruz, no hay goce, no hay criatura... Esto no se resiste, pero solo Dios. Y como si respirara a pleno pulmón por el desahogo, continúa: “Bueno, pasó; te llega esta carta llena de desatinos... No me importa”.

Y quiere distraerse, dándole noticias familiares: si la estampa de “Saber esperar” le había gustado a su tío Polín. Camino de la Trapa, Rafael pasó por Ávila y le puso esta dedicatoria en la estampa: “Te quisiera dejar aquí muchas cosas..., pero para qué. Todo lo que tengo he renunciado a ello, bien lo sabes y a Dios ha ido... Acude a Él y en Él me encontrarás, no tengo otra cosa que ofrecerte, pues mi cariño humano ¿para qué te sirve! Hoy, en este día tan señalado, no puedo decirte nada, ni dejarte nada. La Señora lo hará por mí como Ella sabe hacerlo. ¡Solo Dios!”. Como don Rafael, su padre, es ingeniero de montes, quiere dejarle otro recuerdo, y así dice: “Ahora le voy a hacer a mi padre un dibujo de San Francisco de Asís, que es el patrón de los ingenieros de montes..., está muy ilusionado con ello”.

Aprovecha el poco tiempo que le queda para dar los últimos consejos a su tía, una vez pasada la furia de la tentación: “... **Dejándote hacer...** tú nada tienes que hacer..., ni nadie te tiene que señalar tu camino, ni cómo debes obrar... Yo veo que toda la ciencia que necesitas es amor y nada más... **Amor por dentro y humildad por fuera,** y nada más, ¿te parece poco? Creemos que para ser santos es necesario grandes cosas... y no. No hace falta ni siquiera llamar la atención. No te importe que **ahora,** ni sepas ni veas lo que tienes que hacer... Ya verás cómo la Señora te irá iluminando, y además de su ayuda, **tus propias caídas** te irán enseñando... Son los únicos maestros que yo he tenido”.

Rafael va aprendiendo de la experiencia, que siempre fue su mejor maestro. Su verdadero ‘esquema’ es entregarse totalmente



a Dios, darle todo lo que tiene, todo lo que es y amarle de modo radical y absoluto: solo Dios, totalmente Dios absolutamente Dios. Es la experiencia vivida, sea gozosa o dolorosa, el impacto de la realidad, el gozo o sufrimiento no buscado. La experiencia y meditación de lo que le acontece en clave de pedagogía divina para con él ha sido su mejor –y quizá– su único consejero espiritual, tal como se lo dice a su tía: “**Tus propias caídas** te irán enseñando... Son los únicos maestros que yo he tenido..., y nunca acabaremos ni de caer, ni de aprender”.

El subrayado, como siempre, es suyo. De hecho, por mucha teoría que sepamos, siempre es la experiencia la que da el conocimiento. Dios actúa siempre primero: entra, por decirlo así, sin permiso: “No cuenta para nada con nosotros –nos dice Rafael–, ni nos da explicaciones cuando nos manda algo que nos conviene... Nosotros no tenemos más que dejarnos moldear (...) Ahora no tienes más que un quehacer, una sola ocupación: amar a Dios... Como sepas, como puedas, pero amar”.

Y de manera que se sobreentiende perfectamente, le marca nada menos que el camino de san Juan de la Cruz: “Entonces no tendrás nada que preguntar..., y **sabrás** lo que tienes que hacer... Entonces **verás** que solo hay un camino. Un camino amplio, grande, un camino que no se estrecha, sin curvas, un camino que termina en el amplio horizonte... Dios”.

El santo carmelita reconoce la pluralidad de itinerarios, ya que la doctrina del “camino” puede interpretarse bajo dos puntos de vista, uno en el plano subjetivo y personal, y otro en el objetivo y universal: En el plano subjetivo, son variados los caminos que conducen a la santidad; Sin embargo, en el plano objetivo y universal, el único camino cierto y seguro que lleva a Dios es Cristo, camino que solo puede recorrerse a la luz de la fe.



El reconocimiento de la pluralidad de itinerarios, por los que las almas van a Dios, está claro, pues a cada alma lleva Dios por diferentes caminos, pues “a penas –dice el santo–, se hallará un espíritu, que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo de otro”. Es una manera de aludir a la relación entre la psicología personal y la gracia divina, en

consonancia con la gracia vocacional de cada uno: “Dios se acomoda al paso de cada alma, como la madre se acomoda al paso de su niño”.

La diversidad de caminos hace referencia a la realización personal válida y necesaria: Jesucristo, único camino para ir a Dios, y que san Juan de la Cruz funda en su primer aviso: “Traiga un ordinario apetito de imitar a Cristo en todas sus cosas”. La vida de Cristo es estudio y referencia permanente para todas las almas que deben conformar su vida con la de Él, habiéndose en todas las cosas como se hubiera Él”.

El camino de Cristo no consiste en multiplicidad de consideraciones, ni modos, ni maneras, ni gustos, sino en “escoger lo que más se parece a la cruz”, ya que la cruz “es el báculo para poder arribar a la meta”. Este es “el camino amplio, grande, que no se estrecha, sin curvas” que nos marca. Rafael en subida de ascensión culmina en la perfección, a la unión íntima del alma con Dios.

Y continúa explayándose Rafael:

¡Hermanilla, cuánto amo a Dios! Él es mi única vida y mi único tesoro..., cuánto le amo, y de tanto que le quiero no sé qué hacer. ¿Qué hago?... Pues tú me dirás riéndote..., pues no hagas **nada...** ¿Qué más vas a hacer? (...) ¿Qué complicaciones quieres buscar? Toda tu vida interior se **reduce** a amar a Dios, cada vez más... ¿Por qué has de buscar un camino donde no le hay?... ¿Hay caminos en el mar? (...) ¿Ves qué fácil? Tu vida interior: amar a Dios... ¿Y tu vida en el mundo? Si fuera un terrible predicador, te diría con gesto fruncido..., penitencia, oración, mortificar tus sentidos, etc.

Claro que eso está bien..., pero me parece más fácil, que todo eso: **No tienes más que obedecer humildemente lo que te dicte ese amor a Dios que llevas dentro. (...)** Del amor a Dios **sale todo...** Verás cómo si perfeccionas ese amor, que es tu única vida interior, lo demás no tiene importancia. Ese mismo amor te hará ser santa, santa por amor única y exclusivamente por amor. (...) El milagro del amor lo hace todo... Todo te será fácil..., el gozar, el sufrir, e incluso el **esperar. (...)** Sí hermana, sí, date de lleno, y entonces no creas que tu vida exterior sufrirá perjuicio, no..., todo lo contrario. Qué hermoso será en ti el hacer tus faenas de casa, por Dios. El hablar y el reír por Dios y el querer a tus hijos por Dios. (...) Que tu vida sea un acto continuo acto de amor a Jesús, ya se lo pedire yo a la Virgen.

Rafael pone fin a su carta muy avanzada la noche, y el día 21 solo añade una serie de noticias familiares, rogando a su tía que no se olvide

de él en estos días..., pues “mira cómo estoy”. No deja de sorprender que se acuerde de un oblatillo de 13 años –familiar del padre Teófilo–, enviándole una estampa con esta dedicatoria:

Que este pequeño recuerdo sirva [para] para que no te olvides ante la Virgen de tu querido hermano..., yo haré lo mismo, y así nuestras oraciones unidas harán que nuestra buena Madre nos ayude a conseguir nuestros deseos, que es el poder vivir y morir trapenses. Cuando te desanimes, mira a María, y ya verás cómo Ella hará que las lágrimas se vuelvan flores para ofrecérselas a Jesús. Recibe en esta estampa toda la caridad de tu hermano Fr. María Rafael. Navidades de 1935.

Es conmovedor cómo piensa Rafael. Se ve que contaba con la posibilidad de que volviera también como él, y, ahora, como compañero de oblatado. Por eso le habla de unirse en la oración para que María les ayude a conseguir sus deseos: el poder vivir y morir trapenses.

No tardará en volver a tomar la pluma para escribir a su tía María, y así lo hace el día 24, vísperas de Navidad, aunque “**materialmente**” no disponga de mucho tiempo. No obstante le manifiesta su interior: “Si vieras qué impaciente estoy porque llegue esta noche... No pienso en otra cosa todo el día... No sé si serán tus oraciones, pero la Santísima Virgen me está ayudando de una manera muy **especial**... Qué felicidad, hermanilla, tener a un Dios como el nuestro ¿verdad?”.

Ha recibido dos cartas, y quiere contestarlas con calma. Está tan lleno de Dios ante la Navidad que explota su corazón con frases de amor profundo: “¡Qué grande es el Señor, hermanilla! Dentro de pocas horas tendremos a ese Dios hecho Niño..., y lo tendremos con nosotros... Estoy más contento. Cuando llegue mi carta, el Señor estará ya en el mundo ¿qué haremos? Adorarlo y llorar de alegría. Viene por ti, por mí; nos busca, nos mira. La Virgen María nos lo ofrece... Cuánta ternura tiene esta divina Madre”.

Rafael vive sentimientos tan altos y profundos que no sabe cómo continuar: “No sé qué decirte; nada se me ocurre... Quisiera estar en el cielo entonando el Gloria con los ángeles y los santos. Mi cuerpo está aquí; mi alma está muy lejos. (...) Vamos a ofrecerle, no incienso y mirra, sino nuestro corazón entero, sin reservas. (...) No sabremos ni gozar ni padecer, quedamos en nada... El misterio del Portal lo ocupa todo”.

Y luego, dando una mirada al estado social, y como si presagiara lo que iba a ocurrir muy pronto en España, le dice: “Nosotros no sabemos,

pero, a pesar de que parece que (se) desencadena sobre la humanidad la cruz y el dolor... (...) desaparece todo cuando le vemos a Él”.

La experiencia religiosa de Rafael ocurre en el marco de una de las épocas más dramáticas de la historia de España; tiempos ‘recios’, verdaderamente convulsivos y trágicos. Allí, en el año 1934, le tocó vivir la revolución de Asturias, donde alcanzó verdadera gravedad, donde descubrió y padeció la violencia irracional de los hombres capaces de matarse y volverse lobos unos para con otros. Educado en un ambiente refinado y alto-burgués, dejó escritas sus impresiones: “Mi espíritu ha estado en estos días horrorizado, y nunca creí que los hombres se pudieran matar y destruir con tanta saña”. ¿Se referiría Rafael a esta experiencia o a la que no tardando llegaría?

Pero vuelve a fiarse de Cristo, ante quien toda cruz y dolor desaparece..., recordando a su tía un detalle vivido en el noviciado: “Mira –le dice en la carta–, en la Trapa tenía un novicio escritas unas palabras; sólo dos. Las tenía encima de su pupitre para verlas y leerlas continuamente... Con ello tenía un consuelo grande. Las palabras que seguramente hacían **volar** a mi hermano eran estas: **¿Y Él?...** No necesitas comentario, ¿verdad?”.

Hace mención de lo mucho que le consuelan sus cartas: “Solamente te diré que en tus cartas he visto tanta caridad y tanta ternura, que solamente a la Santísima Virgen se lo sé agradecer... y a ti también, pobre hermana mía. Que pases unas Navidades muy santas”.

En la carta del día 26 le dice: “Ayer, día de Navidad, lo recordaré toda la vida. Por un lado, me costó mucho el dejar al Niño después de comulgar”, y por otro, la noticia fuerte: “Le dije a mi madre que por fin me iba [a la Trapa], y en qué condiciones... Ya te supondrás, no necesito decirte nada... La Santísima Virgen me ayudó. (...) Quise haberte escrito, pero hablando de la Trapa, nos dio a la familia las dos de la mañana... Mi madre está tranquila; tiene una generosidad que la engrandece a los ojos de Dios... pero es madre, y aunque me ve contento, sé que llora sin que yo la vea”.

No tiene palabras suficientes para ensalzar la magnanimidad de su madre. Y recuerda que, cuando en la Trapa lloraba más



a gusto, era precisamente al leer en un rincón las cartas de su madre. No las rompe, una vez leídas, sino que un día, haciendo un gran desprendimiento, se las envía todas a su tío Polín, y le dice: “Conforme te prometí, te mando las cartas que mi madre me envió a la Trapa para que las leas... Que las leas es lo de menos. Lo principal es que alabes a Dios con ellas, pues cuando se ve un alma generosa y tan grande como la de mi madre, no puede uno menos de ensalzar al Criador desde el fondo del alma. (...) En ellas verás una madre, y una madre cristiana, heroica y tan generosa con Dios, que cuando allá en la Trapa, su hijo el trapense, las leía en un rincón del noviciado, al mismo tiempo que le hacían llorar, bendecía a Dios de tener una madre que no solamente había hecho a Dios el sacrificio de un hijo, sino que además le ayudaba y fortalecía a llevar su cruz y su sacrificio”.

Luego se dedica a dar a su tía noticias de encuentro y despedida: encuentro en Ávila, donde va a acercarse con su padre y su hermano



Leopoldo a darles el último adiós; y despedida, porque sueña esconderse en la Trapa para siempre, cuando según los planes de Dios va a ser muy distinto.

Lleva por dentro la pena de la despedida de su hermano Fernando, que se marcha a Lovaina; por eso Rafael escribe: “Es triste humanamente que una familia que tanto se quiere, se separe por cuatro sitios distintos... Mucho tienen que ofrecer a Dios mis padres... Todo es por Dios.

Después de estar en los Carmelitas un “momentito con el Niño”, vuelve a casa, y poniéndose a escribir a su tía le dice: “No sé qué decirte... No sé qué contestarte. Parece que estoy vacío, y sin embargo, si estuviera contigo, cuántas cosas..., o a lo mejor nada”, aunque sí se ha entusiasmado bendiciendo a Dios al contemplar el mar: “Hoy hemos estado en Salinas viendo el mar... ¡Qué grande es Dios! ¡Qué hermosas son sus obras! Le veo en todos lados; qué feliz soy; cuánto le quiero..., cuánto me quiere Jesús”. Palabras lacónicas que lo dicen todo en su cordedad.

Removiendo en su interior el ofrecimiento suyo y de sus padres, que está próximo a hacer, y que ya en su corazón ha realizado, se expresa

en generosidad apostólica: “Cuántas veces me he ofrecido al Señor por todas las almas que sufren por Él... Me encuentro tan unido a todas las penas del mundo... Si yo pudiera aliviar algo”.

Respecto a su tía María está convencido de que después de un carteo tan vertiginoso, ya está “**encauzada**”, aunque es preciso seguir luchado: “Vamos a luchar lo que sea y como sea”. “No veas lo que te rodea, no mires tu sufrimiento..., **es pequeño**, es ruin, no vale nada... No mires tampoco tus consuelos y alegrías; también son **pequeños** y nada valen... Tu alma es obra de Dios..., pero más es Dios... No te detengas, hermanilla, sigue adelante sin miedo, a pesar de las lágrimas, de los apuros, de tus miserias, de tus consuelos... Sigue adelante..., Dios y nada más”.

Viendo un tanto desanimada a su tía, aunque él también lo está, le dice: “Al que sufre por amor de Dios, o solamente sufre... ¿con qué se le anima? No se le anima, pues en el mismo sufrimiento lleva todo lo que necesita, y si ese sufrimiento no va solo, sino que va acompañado del amor de Dios, entonces, qué más quieres, feliz mortal, a quien tal sucede”.

Es el amor a Dios el que santifica siempre el dolor, sobre todo el involuntario, lo anima, y lo inunda de ese sentimiento espiritual que, según los antiguos, es la presencia del Espíritu Santo en el alma. Esta es básicamente la doctrina del “saber sufrir” de que habla Rafael: la inmersión en el amor anonadado de la Cruz de Cristo, donde se enjuga toda lágrima, y todas nuestras tragedias –“agonías” como él las llama–, quedan transfiguradas: “Si entras en agonía por Cristo, el mismo Cristo te enjugará tus lágrimas y te llevará la cruz. No sé si me entiendes, pero yo lo veo muy claro”.

Rafael lo ve claro, y es natural, ya que no hace sino aconsejar lo que constituye la esencia de su propia vivencia espiritual con relación al sufrimiento involuntario: tomarlo, sumergirse en el amor anonadado de Cristo, y quedarse sepultado en ese amor, fuente de la inenarrable alegría espiritual en la que se llora de gozo de verse en ese estado.

“Toda la humanidad sufre, pero hay muy pocos que **sepan** sufrir”. Esto que escribe a su tía y repetirá después a su tío Polín, el duque de Maqueda: “¿Cómo no acordarse del que sufre? Y ¿quién es el que no sufre por algo? Pero qué poquitos sufren por Dios”. Sufrir por Dios, he ahí la cuestión. Una cosa es sufrir, sin más, y otra sufrir por Dios, o incluso con Dios, porque Cristo no deja de ser un Dios crucificado. Es ingenuo pensar en una santidad sin desgarramiento del corazón; por eso Rafael llega a decir: “aunque nuestro corazón se destroce, aunque nuestro

cuerpo sufra con el martirio... ¿qué más da?, si nos amas –dice a Dios–, y te amamos, **todo** desaparece. (...) Ámale mucho, hermanilla, en el dolor y en la alegría, no hay otra ciencia, no hay otra virtud, no hay otro camino”.

Y sigue en su carta: “Al que no tiene a Dios, necesita consuelos... pero al que ama a Dios. ¿Qué más consuelo?”. El consuelo sensible puede resultar engañoso, en el sentido de hacernos pensar que solo estamos cerca de Dios cuando “sentimos”.

Como fondo, se percibe sin esfuerzo la doctrina de San Juan de la Cruz cuando habla sobre los afectos, los gustos y los apegos, con la palabra tan suya, “arrimos”, de índole sensible, idea que se recoge en su poema, “Sin arrimo y con arrimo”. Siempre nos advierte el maestro, que para llegar a la unión divina es necesario purificar gustos y apetitos desordenados, hasta eliminar cualquier “arrimo” que aparte del verdadero amor.

Es legítimo –y en ocasiones obligado– arrimarse o apoyarse en las mediaciones dispuestas por Dios para favorecer al alma; lo contrario sería imprudente. Lo que siempre debe evitarse es el “arrimo afectivo” a todo lo que separa de Dios. Para unirse con Él, es necesario que el alma “esté bien pobre de espíritu”, según aquel consejo que diera a una religiosa: “Deseo verla con gran desnudez de espíritu y tan sin ánimo de criaturas, que todas las fuerzas del mal a estorbarla”. Por eso escribe Rafael en tono de oración: “Qué alegría, Señor, amarte así..., aunque el mundo se hunda; aunque nuestro corazón sufra con el martirio... ¿Qué más da? Si nos amas y te amamos, **todo** desaparece”. Y es cuando le aconseja: “Ámale en el dolor y en la alegría, no hay otra ciencia, no hay otra virtud, no hay otro camino”.

Apurando las cosas –pues le dice, “Pocos días me quedan de estar en el mundo... Son los más difíciles. La Santísima Virgen me sostiene” –, le promete escribir al día siguiente, día 27, dándole las más diversas noticias:

– Cuenta Rafael que ha estado con el médico y que le ha encontrado mejor. Le irán disminuyendo la dosis de medicación, para que se vaya habituando al régimen del monasterio. Lleva un tratamiento severo y no se propasa en nada;

– Dice que sus padres lo único que quieren es su felicidad, y saben que al lado del Sagrario la encuentra. “Parece que la mano de la Virgen está en esta casa”;

– Rememora lo acontecido en Navidad: “El día de Nochebuena fuimos todos a Misa de Gallo a las Adoratrices... Oímos las tres

Misas..., y a mí me dio bastante tiempo durante las dos últimas de estar con el Niño... Comprendo que a ti te diera pena dejarle (...), a mí me costó también mucho dejarle (...) Pero no te importe. ¿Te acuerdas que estando yo en Ávila, te decía que cuando salieras de comulgar... o de la visita [al Señor], siempre que tuvieras que salir del templo, no había necesidad de dejar el corazón junto al Sagrario, sino que era mejor pedir al Señor, que se viniera contigo? ¿Te acuerdas? A mí muchas veces me cuesta dejar la oración..., pero como no me puedo estar horas y horas con el Señor en la iglesia, lo que hago es, ya te digo..., pedirle al Señor que se venga conmigo, y sí viene, hermanilla... no te quepa duda”.

Rafael, con ese amor a Dios que lleva dentro, ha trastocado los valores: tanto su tío Polín como Pilar, su hija, se hallan enfermos los dos en cama, y en lugar de verlo con ojos meramente humanos y lamentarse por ello, dice a su tía: “Qué suerte tienes de tener a tío Polín y a Pilar en la cama a los dos... El Señor, fijate bien, los ha puesto así exclusivamente para que **tú** te ejercites en esa caridad que te pide, para que le ames, cuidando a los seres queridos de tu familia... Todo lo que sucede a tu alrededor lo hace el Señor para **ti**. **¿No lo sabes?** ¡No pongas obstáculos, hermanilla! Mira a lo alto y así no tendrás vértigo, y si de repente se abriera un abismo a tus pies, y se hundiera la tierra, si tú tienes puestos los ojos en Dios... ¿qué más te da?... Pero si contemplas ese abismo, corres el peligro del vértigo..., y caer”.



Luego vuelve a pensar en su próxima entrada como trapense: “Qué ganas tengo de que pasen estos días... si vieras. No pienso despedirme de nadie”. En este sentido, es su tía la que le hace una pregunta atrevida: “Me preguntas que si me he arrepentido de haberme entregado del todo a Dios”, y aunque de momento le dice que “nada te puedo contestar a eso”, por estar demasiado convencido y determinado, sin embargo, casi a renglón seguido, ante las caras tristes que percibe a causa de su despedida, afirma rotundamente: “No me compadezcáis, no lloréis, no os apuréis aunque me muera...: mil veces lo haría, si mil vidas tuviera”.

Y lamenta que ese día 27 de diciembre lo hubiera pasado “muy **en el mundo** y muy en la criatura”: “Todo son conversaciones inútiles, quehaceres del mundo, intereses materiales..., de Dios, nada; de Jesús,

nada; del Niño que acaba de nacer y que ofrece amor a cambio de amor, nada. Las fiestas de estos días, el mundo no las comprende. No hay más que ruido y fiesta; pero fiesta humana. (...) Quiero poner yo, pobre y miserable, todo el amor que no veo en los hombres”.

Y se sobrecoge del milagro de amor que Dios ha puesto en su interior, de ser un “preferido”, e invita a su tía a que salte de gozo: “Ríete y salta de gozo conmigo. Cantemos villancicos en el Portal, ya verás como el Niño Jesús también se ríe, y nos tiende sus bracitos. (...) Deja a sus pies todas tus penas, tus apuros, tus alegrías, déjalo todo... y ya libre de ello y con los brazos sin carga, y el corazón sin obstáculos..., mira a Jesús, hermanilla, no te pide nada; no quiere más que le ames un poco, un poco de ternura”.

Sin darse cuenta, ha pasado la hora, y el día 28 reanuda su carta, contándole lo que ha vivido en su soledad: “He venido yo solo en el coche, me he parado en un alto, y pensando en Dios, y acordándome de ti, gozo escribiendo: ¡Qué grande eres, Señor! en tus obras... Todo lo has hecho para mí: la tierra, el cielo, los pájaros, ¡qué paz se respira!... Señor, si los hombres te vieses en la creación, si mirasen un poco a ese cielo que has creado, seguro que serían más buenos... No es posible ser malos amando el campo, el mar, que son obras de tus manos”.

Unas veces será el mar, otras, los espléndido panoramas asturianos donde se pasa las horas rumiando las enseñanzas de san Juan de la Cruz. Rafael siempre amó la belleza de la creación y su función mediadora en la elevación del alma al Absoluto. No hay duda de que la contemplación de Dios en la naturaleza y en los seres en general descubre siempre la presencia de Dios, que todo lo llena y que acaba imponiéndose a su mirada orante.

Su carta del 28, comenzada a altas horas de la noche, la continuará el día 29, también de noche, por ser el momento propicio para dar salida a sus desfuegos espirituales: “Ahora por la noche, voy a comenzar otra carta”. “Esta tarde (...), cuando salí de casa, iba algo triste porque iba solo; era la hora de los espectáculos y me veía como extraño entre la gente. Todos ocupados de los cines y de los teatros, y en cambio el Señor, esperando solo en el Sagrario... Me daba mucha pena”.

Pero una inspiración interior le hizo ver las cosas de otra manera: “Me pareció que a través de las calles, eran los ángeles los que me guiaban, me animaban y me decían que no me apurara, que en el recogimiento y en la oración era donde yo podía ser grato a Dios. (...); que dejara a las criaturas en paz y que lo que el Señor me iba a dar estando a su lado, no se podía comparar con lo que el mundo busca con tanto afán...,

diversión, goce de los sentidos, etc.”.

Estando ya en la iglesia, hubo una escena que le impresionó: “Se llegó hasta el altar una muchacha que hizo el camino de rodillas, y cuando llegó, se puso en cruz y la oí llorar, mientras miraba a la Virgen. Por poco no lloro yo también. Debía de tener una pena muy grande y fue a contársela a la Señora; me edificó mucho y también pedí a la Virgen que la atendiera”. Luego, de manera indirecta, su tía, en una carta anterior, le habla de una cierta inquietud, o excitación, que siente en su interior, y su sobrino trata de aclarársela con un caso vivido por él:

Hace un año, un confesor me dijo a mí lo mismo, que tenía un desequilibrio nervioso debido a la revolución [de Asturias, en octubre de 1934]. Puede, yo nunca le creí... Entraba en una iglesia y no podía estar, me ponía nervioso; todo me irritaba, y alguna vez fui a confesarme llorando, porque **no sabía** hacer el examen de conciencia y me veía muy pecador. ¿Sabes lo que me convenció de que no había tal excitación física? Pues muy sencillo. **Todo eso** me pasaba en lo tocante a Dios y a la religión, y en cambio, para los **demás**, no me excitaba nunca (...). No, mi confesor no acertó, lo vi enseguida. ... Tu (...) tienes una gran **resistencia** (bueno, tú no, te la dan) para sufrir... Mira bien lo que te ocurre, no te vaya a ocurrir lo que a mí. (...) Recurre a la Señora para que te diga lo que debes hacer; seguramente recobrarás tu ecuanimidad de siempre, a pesar de todo.

Han dado ya las doce y va a dejar de escribir, para continuar el día 30, aunque va a tener poco tiempo, porque debe dibujar el San Francisco de Asís que prometió a su padre: “Está muy ilusionado y quisiera que me saliera bien. Va a ser [uno] de mis últimos dibujos, por lo menos en casa... En la Trapa, quién sabe, lo mismo me da”.

A las doce de la noche, vuelve a tomar la pluma, y hablando de su próximo viaje le dice: “No te ilusiones mucho con mi estancia en Ávila. (...) Será todo tan rápido que seguramente no podremos hablar de nada; ofréceselo al Señor. (...) Pero no te importe, las almas de los que aman a Dios siempre están juntas, y muchas veces las palabras ensucian los sentimientos”. Luego le da los últimos consejos: “No te preocupes de las borrascas ni de las tormentas, ¿no tienes a María? (...) ¿Es tan complicado el amar a Dios? Por favor hermanilla, ¿cómo es posible vivir **tranquilo** teniendo lo que tenemos?... No, no es posible... El amor a Dios no podemos dejarlo quieto... Siempre más..., siempre más... No dejar la lucha aunque nos cueste... ya llegará el día en que verdaderamente tengamos ese amor de quietud”.



El término ‘quietud’ ha tenido amplia resonancia en la historia de la espiritualidad. Entendido tradicionalmente como una actitud análoga al reposo corporal, se interpreta como sosiego, tranquilidad o calma de ánimo; significa la progresiva disminución de la iniciativa personal, dando mayor espacio a la acción divina; la postura receptiva, más que la activa.

Santa Teresa nos la describirá como ese sentimiento de la presencia de Dios, que cautiva la libertad, y llena el alma y el cuerpo de una suavidad y deleite verdaderamente inefables.

“Es esa paz muy regalada, que le parece al alma que no le falta nada, y que no querría sino amar. Es ya cosa sobrenatural, y que no la podemos procurar nosotros por diligencias que hagamos”. Por eso dice Rafael que ese día en que llegará la quietud plena será en el cielo.

La quietud del amor pertenece más bien a la otra vida. El deseo es experimentado como algo fundamentalmente dinámico: siempre está en movimiento, nunca descansa en esta vida. Por eso será siempre gozo y tormento. Gozo en cuanto “tesoro”, fuente de la dulzura espiritual que el sentimiento amoroso con frecuencia le procura; y tormento, por cuanto el deseo implica no-poseción, y por lo mismo, gemido, suspiro, sentimiento de destierro y nostalgia.

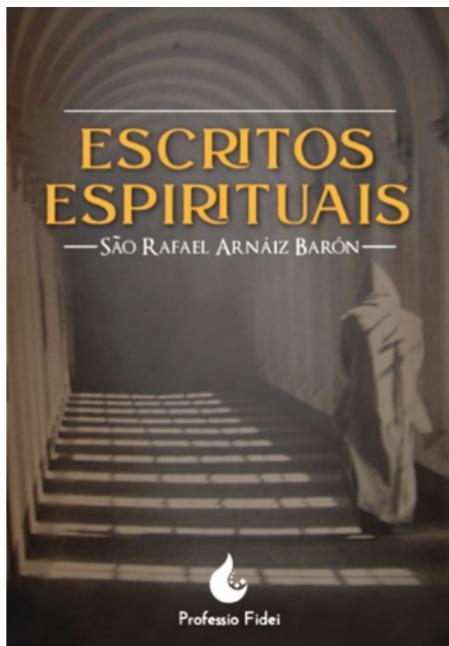
De ahí que le aconseje a su tía: “Amemos a Dios siempre más, no nos contentemos con poco, y si un día ardemos... ¿no es eso lo que buscamos? (...) Ya sé que me dirás, pues te conozco, pero si yo con muy poquito me basta..., y con una miguita estoy contenta... Sí, hermanilla, sí, una miguita al principio, pero luego no te bastará todo el pan... No pongas obstáculos al Señor. Déjale hacer... No creas que es soberbia o falta de humildad el pretender su amor... pero su amor a raudales, a torrentes, hasta quedar deshechos”.

Y le da las últimas recomendaciones de despedida: “Ya verás cómo el día que te de un abrazo para irme a mi Trapa no habrá lágrimas, no sufriremos ¿por qué? Lanzaremos ése *‘sursum corda’* (arriba los corazones), que tanto me gusta, y ya verás con qué alegría me contestas... Sí, hermano, sí, vete tranquilo... en el Señor lo tengo puesto”.

Con estas palabras de aliento ha puesto Rafael fin al año 1935.

Noticias y Novedades

LIBROS



Un nuevo libro de los escritos de nuestro Hermano san Rafael Arnáiz, acaba de ser publicado para gozo y deleite de fieles de habla portuguesa, si bien editado en Brasil, donde la devoción a san Rafael es extremadamente grande como lo es el país.

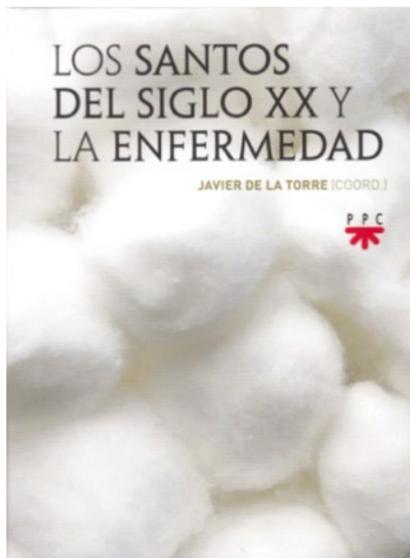
No hace mucho salió a luz el cuaderno de Rafael titulado “Dios y mi alma” (*Deus e minha alma*), y ahora, como una continuación se han publicado los otros tres cuadernos del Hno. Rafael: “Apología, de un trapense”, “Meditaciones de un trapense”, y “Mi cuaderno”.

“En estos escritos -escribe el autor del Prologo-, como en

toda su trayectoria espiritual, es realmente maravilloso ver la bellísima obra del Espíritu Santo en el alma de San Rafael. Una alma toda de Dios, que puede llegar a escribir con toda verdad: “El mundo entero se reduce a un punto, en ese punto hay un monasterio, y en ese monasterio... sólo Dios y yo”.

Cortos en extensión, los escritos de Rafael contienen, sin embargo, numerosos tesoros de sabiduría y espiritualidad cristiana que sería imposible presentarlos adecuadamente en un simple prefacio. Lo que aquí puedo ofrecer no es más que una pregustación para quien quiera conocerlo mejor a lo largo de estas páginas. Si este libro ha llegado a tus manos, querido lector, es porque San Rafael te ha escogido por amigo y devoto.

P. Paulo Ricardo



Queremos presentar en estas páginas del *Boletín de San Rafael*, un interesante libro cuyo título es bien sugerente: “Los santos del siglo XX y la enfermedad”. Coordinado por Javier de la Torre, doctor en Derecho y licenciado en Filosofía y Teología moral, que ha recopilado una serie de hagiografías, escritas por diversos autores, de santos de nuestros días que han pasado por la cruz de la enfermedad y lo han sabido vivir admirablemente, dando un testimonio de fe y aceptación de la voluntad de Dios en sus vidas que nos hacen reflexionar. Es así como podemos descubrir en este libro las fascinantes historias de santidad del padre san Antonio M^a

Claret, de san Damián de Molokai, de san Benito Menni, santa Josefina Bakhita, santa Teresa de Lisieux, santa Teresa de Calcuta, santa Isabel de la Trinidad, el Padre Pío de Pietrecina, San Juan Pablo II, San Ricardo Pampuri, y otros muchos que aparecen en esta espléndida recopilación.

Entre ellos no podía faltar el ejemplo de nuestro Hermano San Rafael Arnaiz, bajo el título de “Rafael Arnaiz y la enfermedad que lo configuró con Cristo crucificado”, escrito por un monje de su Monasterio de San Isidro de Dueñas.

Recomendamos la lectura de estos testimonios de vida evangélica; de hermanos y hermanas muy cercanos a nosotros en el tiempo que no sólo lo dejaron todo por seguir a Cristo, sino que además, a través de su enfermedad, se configuraron con él en su pasión y muerte; y de tal modo supieron aceptar y abrazar la cruz del sufrimiento físico y moral, que hoy los podemos venerar como santos y aprender de ellos a llevar esa cruz evangélica que a todos se nos presenta como enfermedad, o por otras tantas causas que provoca el hecho de seguir los pasos del Maestro de Nazaret.

El libro, editado P.P.C. este mismo año, se puede adquirir en cualquier librería, al precio de 20,90 € ¡Disfrutaréis de verdad con su lectura!

Presencia de San Rafael en Madrid

En Madrid existe un lugar muy céntrico donde poder rezar a nuestro querido Hermano Rafael: la Parroquia de San Jerónimo el Real.

Situada en la calle Moreto, junto al Museo del Prado, este templo formó parte del magnífico monasterio de los Monjes Jerónimos, fundado por los Reyes Católicos, de estilo gótico con influencias renacentistas, en lo que por entonces era “extramuros de la villa de Madrid”.

A lo largo de los siglos ha sido cuartel de artillería y hospital, hasta volver a ser utilizado como iglesia, que ha sido testigo de varias bodas reales. Actualmente es uno de los monumentos más visitados de Madrid, por su situación privilegiada, pues está al lado de la mundialmente famosa pinacoteca y el Parque del Retiro.



En el año 2015, debido a la iniciativa de D. Julián Melero Guaza, párroco de San Jerónimo del 2001 al 2016, se colocó un cuadro de San Rafael en la capilla de la Virgen de Guadalupe. Está situada la primera a la izquierda, ingresando por la puerta principal, lo que hace que se vea casi inmediatamente de entrar en el templo. D. Julián, palentino de nacimiento, era muy devoto de nuestro santo y solía decir que “era muy poco conocido”, y de ahí su idea de hacer una ampliación fotográfica de una de las imágenes más conocida de Rafael, enmarcarla y exhibirla en esta capilla.

Fallecido el año 2019, queremos agradecer a D. Julián el darnos la oportunidad, a los muchos devotos de San Rafael en Madrid, el tener un lugar donde poder estar un rato en su presencia, rezarle, acompañarle y darle gracias por todos los beneficios que nos aporta.

FAVORES TESTIMONIOS FAVORES

Operación a corazón abierto

Me llamo Pilar, soy de Palencia, y quería compartir con todos mi testimonio de fe. Somos una familia que siempre al que siempre el Hermano Rafal (como así le llamamos), nunca nos ha abandonado y en esta ocasión tampoco.

El pasado 10 de septiembre de 2021, iba a tirar la basura con mi madre; al llegar, ella se agarró el pecho y me llamó por mi nombre. Ahí empezó la pesadilla que no puedo olvidar. Mi madre empezó a desvanecerse y yo, poco a poco la dejé en el suelo como pude; entonces su cuerpo empezó a convulsionar, a perder el conocimiento, su cuerpo y su vida se iba apagando, de tal manera que yo la tenía en mis brazos casi sin vida. Mi vida se desgarraba al ver a mi madre en mis brazos medio muerta, comencé a reanimarla como pude hasta que llegaron los servicios del 112, los cuales me dieron la enhorabuena porque, aunque estaba inconsciente, logré que volviera a respirar muy lento. La pesadilla prosiguió. A mi madre se le llevaron en ambulancia al hospital y allí vieron que el corazón no iba bien, y que había un problema de extrema gravedad. Fue trasladada urgentemente a Valladolid a realizar pruebas para comprobar dicha gravedad. Así fue que necesitaba una intervención a corazón abierto urgente de vida o muerte, tuvieron que ponerle la válvula aórtica nueva, pues la que tenía estaba obstruida y su vida corría mucho peligro.

Mi padre, mi hermana, y yo particularmente, nunca hemos perdido la fe pidiendo a nuestro querido Hermano Rafael que guiará las manos de los médicos y que mi madre le fiera fuerza para soportar la operación. Todo salió con éxito y a día de hoy no podemos estar más agradecidos.

Mi madre poco a poco va haciendo su vida despacio; y cuando pudo coger un poco más de fuerzas fuimos los cuatro a la capilla de San Rafael a dar gracias por tanto bien como siempre hace, y, como decía Rafael "SÓLO DIOS BASTA.", y "todo consiste en SABER ESPERAR". Amén.

María del Pilar Bueno Conde, Palencia



DONATIVOS

Gracias a todos vosotros, los lectores del Boletín y a los que seguís con entusiasmo la espiritualidad de San Rafael, y especialmente a los que con vuestros donativos hacéis posible esta publicación semestral. Damos a continuación vuestros nombres.

A CORUÑA

Nieto Roig

Jubia-Narón: Alicia García

Narón: Gelines Tejeiro

ALAVA

Vitoria: Begoña Perianes

ASTURIAS

Gijón: Elena Cabañín

Oviedo: M^a Luisa Álvarez

Oviedo: M^a Luisa San Emeterio

Mieres: José Vázquez

Pola de Siero: Sor Esmeralda

BURGOS

Blanca Reoyo

Elena Alonso

Juana González

Luis Serrano

Villaveta: Desiderio Gil

CÁCERES

Plasencia: Anónimo

CANARIAS

Sta. Cruz Ten. Inmaculada Vega

CANTABRIA

Santander: Luciano García

Torrelavega: Martina Villaverde

CIUDAD REAL

Alcázar S. Juan: Anselmo Melgar

CUENCA

Pinarejo: Teresa García y amigas

GUADALAJARA

Julia Gil

LA RIOJA

Logroño: Álvaro Martínez

LEÓN

Teresa Tejerina

MADRID

Amparo Muñoz

Francisco Molina

Jesús Fernández

Julián Ortega

María Pejenante

Manuel Corchado

Olivia Omaña

Getafe: Javier Onrubia

Tres Cantos: Margarita Ramón

MÁLAGA

Lady Ponce

Mari Carmen López

PALENCIA

Carmen Santamaría

Francisco Pérez

Astudillo: Clarisas

Itero Seco: Pilar Ibáñez

PONTEVEDRA

Caldas de Reis: HH Desmparados

SALAMANCA

Adoración y José Manuel

Carmen Madurga

M^a Asunción Sánchez

M^a Joaquina Martín

TERUEL

Hijar: M^a Josefa Gálvez

Rubielos de Mora: Agustinas

VALENCIA

Blanca Velasco

Catalina García

Vicenta López

Requena: Rosa Sánchez

VALLADOLID

Agustinas Sancti Spiritus

Juana González

Niceto Tirador

Vicente Puparelli

La Cañada: Rosario Estevan

Pobla de Vallbona: Paz Estevan

ZAMORA

Ana Isabel Alonso

ZARAGOZA

M^a Jesús Larma

Borja: Clarisas

BRASIL

Curitiva: Gustavo Cesquim

POLONIA

Zywiec: Gregorz Guba

PUERTO RICO

Leila S. Belaval

Para los envíos de testimonios, favores, donativos y consecución de reliquias, dirigirse a:

Secretariado de San Rafael Arnaiz Barón.

Abadía Cisterciense

34208 SAN ISIDRO DE DUEÑAS (Palencia)

Si desea enviar su donativo mediante transferencia o ingreso en cuenta Bancaria puede hacerlo en una de las siguientes:

Banco Bilbao-Vizcaya Argentaria (BBVA), Palencia: 0182-0496-66-0000031957

Banco Español de Crédito, Palencia: 0030-6018-13-0850204272

Banco Santander Central Hispano, Palencia: 0049-6740-64-2195023211

También puede enviar su donativo mediante Cheque o Giro Postal.

Desde fuera de España puede hacer llegar su donativo mediante giro postal internacional, cheque bancario o transferencia a la cuenta.

Entidad Bancaria: Banco Bilbao Vizcaya Argentaria (BBVA) en Palencia.

IBAN: ES40 0182 0496 6600 0003 1957

BIC: BBVAESMM

Nota.- Al hacer sus ingresos en cuentas bancarias, agradeceríamos que nos envíen fotocopia del justificante ya que el Banco no pasa aviso de ello. Simplemente hace el ingreso, sin detallar nombre y población. Gracias.

Redacción: 34208 San Isidro de Dueñas - Venta de Baños (Palencia)

E-mail: secretariadosanrafael@abadiasanisidro.es

www.abadiasanisidro.es (Hermano Rafael)

DIRECTOR: Hno. JOAQUÍN LÓPEZ SERRA

DATOS BIOGRÁFICOS

San Rafael Arnaiz Barón nació el 9 de abril de 1911 en Burgos (España), donde también fue bautizado y recibió la confirmación. Allí mismo inició los estudios en el colegio de los PP. Jesuitas, recibiendo por primera vez la Eucaristía en 1919.

Dotado de una precoz inteligencia, ya desde su primera infancia daba señales claras de su inclinación a las cosas de Dios. En estos años recibió la primera visita de la que había de ser su sino y compañera: la enfermedad que le obligó a interrumpir sus estudios.

Recuperado de ella, su padre, en agradecimiento a lo que consideró una intervención especial de la Stma. Virgen, a finales de verano de 1922 lo llevó a Zaragoza, donde le consagró a la Virgen del Pilar, hecho que no dejó de marcar el ánimo de Rafael.

Trasladada su familia a Oviedo, allí continuó sus estudios medios, matriculándose al terminarlos en la Escuela Superior de Arquitectura de Madrid.

Con una inteligencia brillante, Rafael estaba dotado de destacadas cualidades para la amistad. A la vez que crecía en edad y desarrollaba su personalidad, crecía también en su experiencia espiritual de vida cristiana.

En su corazón bien dispuesto, Dios quiso suscitar la invitación a una consagración especial en la vida monástica. Habiendo tomado contacto con el monasterio cisterciense de San Isidro de Dueñas –su Trapa– se sintió fuertemente atraído por lo que vio era el lugar que correspondía con sus deseos íntimos. Allí ingresó el 15 de enero de 1934.

Dios quiso probarle misteriosamente con una penosa enfermedad –la diabetes sacarina– que le obligó a abandonar tres veces el monasterio, adonde otras tantas volvió en aras de una respuesta generosa y fiel a lo que sentía ser la llamada de Dios.

Santificado en la gozosa fidelidad a la vida monástica y en la aceptación amorosa de los planes de Dios, consumó su vida en la madrugada del 26 de abril de 1938, recién estrenados los 27 años, siendo sepultado en el cementerio del monasterio.

Pronto voló imparable su fama de santidad allende los muros del monasterio. Con la fragancia de su vida, sus numerosos escritos continúan difundándose con gran aceptación y bien para cuantos entran en contacto con él.

El 20 de agosto de 1989, SS. Juan Pablo II, con ocasión de la Jornada Mundial de la Juventud, le propuso como modelo para los jóvenes en Santiago de Compostela, declarándolo Beato el 27 de septiembre de 1992 para gozo de la santa Iglesia y prenda de gracias para todo el pueblo de Dios.

Finalmente el domingo 11 de octubre de 2009 fue canonizado por el Papa Benedicto XVI en la Basílica Vaticana.

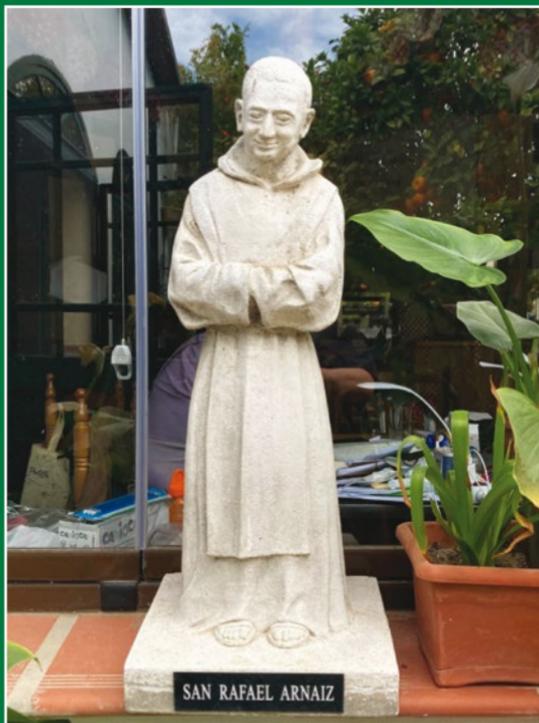


Imagen del Hno. Rafael en Jerez de la Frontera (Cádiz)

SAN RAFAEL - 34208 VENTA DE BAÑOS (PALENCIA)

Por favor, indique con una X la causa de la devolución

Dirección inexacta.....	<input type="checkbox"/>
Desconocido.....	<input type="checkbox"/>
Ausente.....	<input type="checkbox"/>
Rehusado.....	<input type="checkbox"/>
Fallecido.....	<input type="checkbox"/>
Cambio domicilio.....	<input type="checkbox"/>

FRANQUEO CONCERTADO 32/23